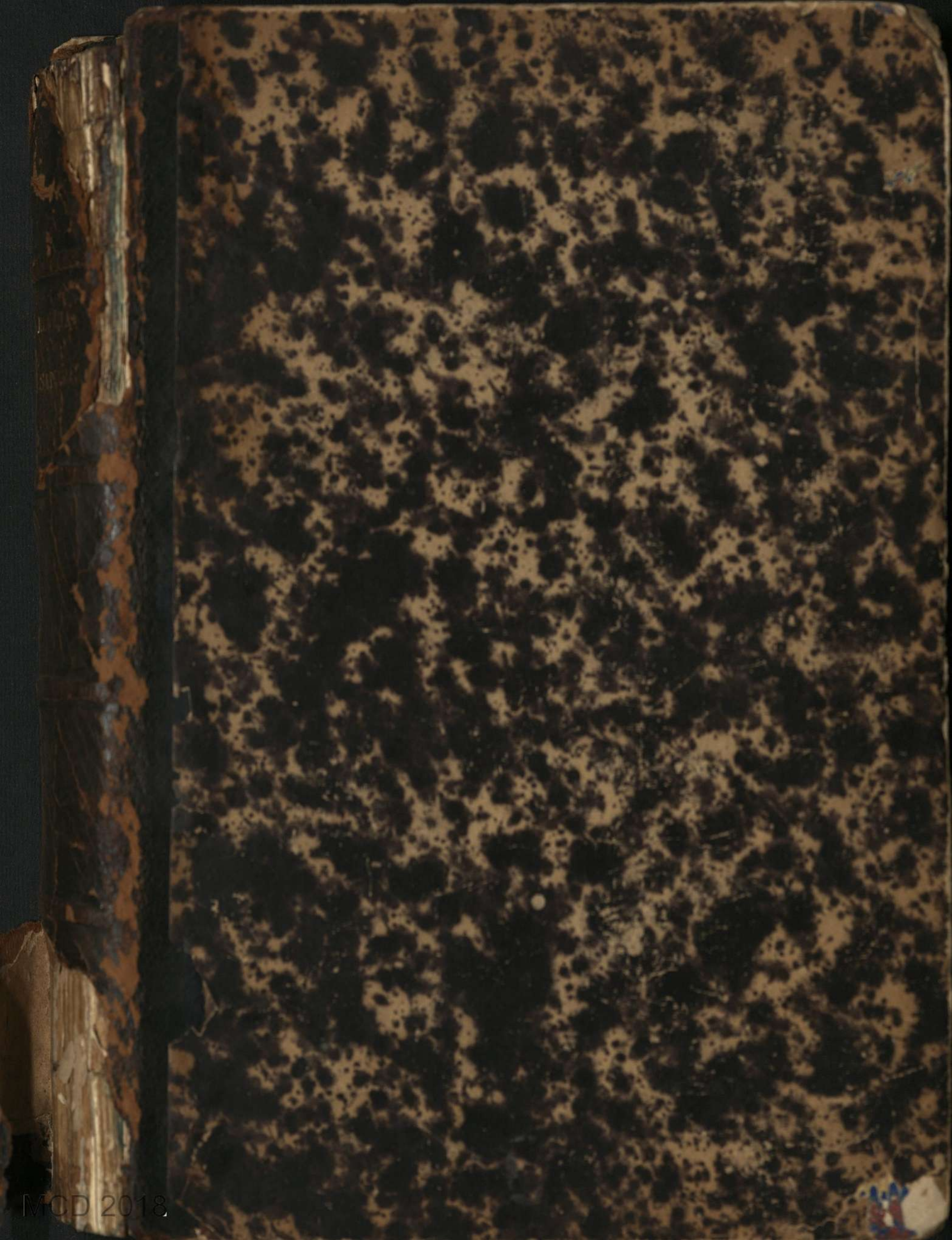


REVISTA

DE SANILAGO



2-2719

Telesforo Andrada

Pedido 116/2001

Printed in Chile



Printed in Spain

LA REVISTA DE SANTIAGO.

LITERATURA, ARTES I CIENCIAS.

DIRECTORES:

FANOR VELASCO,—AUGUSTO ORREGO L.

SANTIAGO, MAYO 1.º DE 1872.

NUESTROS PROPOSITOS.

Al dar a luz la REVISTA DE SANTIAGO tenemos en mira la satisfacción de una necesidad sentida desde hace tiempo. Los hombres de espíritu ilustrado i liberal lamentan la ausencia de una publicación que sea el reflejo de los progresos intelectuales del país. En Chile hai individuos que piensan, que estudian i que meditan, i que no pueden llevar el fruto de sus pensamientos, de sus estudios i de sus meditaciones ni a las ardientes columnas de la prensa diaria obligada a disparar al vuelo sobre las cuestiones del instante, ni a las páginas naturalmente exclusivistas de una prensa periódica consagrada a la propaganda i la difusión de ideas que no todos aceptan i que no profesan todos.

Sin hacerla por eso ni campo de polémica ni sala de esposición, ofrecemos a todas las opiniones la publicidad de la REVISTA. Su Direccion, creemos que no hai necesidad de espresarlo, adora en el altar de la libertad, i solo a ella quema incienso. Por su parte, nuestros amigos, cualesquiera que sean las distancias que les separen, rinden tambien un culto unánime i sincero a las conquistas del espíritu i al resplandor de la verdad. Bajo este aspecto no habrá en nuestra publicacion contrastes chocantes de sombras i de luz. Habrá cuando mas matices diferentes que ofenderán mui poco la uniformidad del cuadro.

LITERATURA, ARTES I CIENCIAS se lee al frente de la REVISTA. Creemos que las promesas desmesuradas i los árboles jigantescos producen frutos microscópicos, i hemos querido evitar un programa pomposo tratando al mismo tiempo de adoptar un le-

ma bastante elástico que pudiera dilatarse o estrecharse segun nuestros recursos i segun las circunstancias. Bajo ese rubro comprenderemos la poesía, las costumbres, la crítica, la bibliografía i ¿por qué no decirlo de una vez? tambien comprenderemos la política, pero la política que sepa sustraerse a la impetuosidad de las pasiones para situarse en las rejiones mas serenas de la observacion i los principios.

Si nuestros amigos, como no podemos dudarlos, nos cumplen su palabra, tendremos el pensamiento nacional traducido por sus órganos mas dignos. Si carecemos de colaboradores en las demas repúblicas de Sud América i si no los hemos solicitado, poseemos en cambio sus artículos, sus periódicos, sus libros que examinaremos siempre con toda nuestra atencion, con todas nuestras simpatías i con toda nuestra buena voluntad. La parte bibliográfica será pues una de las secciones mas importantes de la REVISTA, para lo cual contamos con compañeros cuyas vijilias no serán estériles i cuyos trabajos no se limitarán únicamente al estudio del desarrollo del continente americano.

He ahí nuestro programa espuesto sin humildad i sin pretensiones, con toda verdad i con toda sencillez. Como decíamos al principio, creemos que la REVISTA responde a una necesidad que en mas de un lugar i en mas de una ocasion se nos habia hecho sentir. Si realmente esta necesidad no existe, podremos conocerlo con prontitud. En este caso, no tema el público una insistencia fastidiosa i abrigue la seguridad de que sabremos despedirnos oportunamente.

LOS DIRECTORES.

VENECIA.

(NOVELA POR LORD DISRAELI.)

El extraño aislamiento en que vivimos con respecto a la literatura inglesa hará que muchos por primera vez lean el título de este libro i el nombre de este autor. I sin embargo, la obra que tenemos a la vista une al interes de un drama apasionado i puro el interes no ménos vivo de ser la vida de lord Byron la que presta tanta animacion a sus páginas.

Dar a conocer la obra mas delicada i poética de Disraeli, se-

guir en su atrevido vuelo a uno de los mas vigorosos escritores del siglo, como sigue el aldeano con la vista el águila que vuela por los cielos, es todo lo que nos hemos propuesto al escribir este artículo.

Renunciando por completo a toda pretension literaria i encerrándonos en la modesta esfera del bibliógrafo, principiaremos por desarrollar el drama tomando del orijinal no solo palabras i frases aisladas, sino tambien escenas íntegras. Queremos dar a conocer un libro i no darnos a conocer nosotros mismos.

I.

Diez años ántes de que la revolucion americana separara la Inglaterra de sus colonias, se veia en una de las provincias meridionales el castillo de los Herbert que no habia sido visitado hasta esa epoca desde que fueron desterrados los Estuardos. Era un edificio antiguo, de piedra, levantado sobre una jentil colina en el centro de un inmenso bosque. Esta pintoresca i secular mansion era entónces habitada por Lady Annabel Herbert i su hija Venecia, niña entónces. Hacia siete años que ambas vinieron a buscar las retiradas sombras de Cherbury donde vivian solas, la una para la otra; la madre educaba a su hija, i la hija interesaba a la madre por su ternura, el desarrollo de un espíritu nada comun, el atractivo de su gracia i el jugueton encanto de su jénio. Lady Annabel todavia era jóven i mui interesante; era pues estraño que con todos los brillantes atractivos del nacimiento, la belleza i la fortuna, se hubiera en la mañana de la vida, retirado a un oscuro rincon, sin ser de nadie personalmente conocida, sin ninguna relacion, ningun vecino. Los aldeanos la creian viuda, i era imposible penetrar mas allá, si se queria satisfacer curiosidades. Todos los sirvientes habian sido tomados en Cherbury, exceptuándose la señorita Pauncefort, dama de llaves que guardaba en todo un sepulcral silencio.

La belleza de la jóven Venecia no era el presente hereditario de su hermosa madre. Lady Annabel no le habia dado ese pelo negro que jugueteaba por sus hombros, ni el ojo oscuro en cuyas miradas infantiles se presentian los sueños de la juventud, ni esa nariz pequeña que daba tan altiva espresion a su fisonomia que todavia nunca habia reflejado el orgullo; ni habia recibido de su madre la figura radiante que deslumbra con su brillo como un ánjel alado de Rafael o del Corregio. La madre, tan bella como triste, pudiera compararse con una noche estrellada, i la hija con un dia brillante.

Era dulce i suave la mañana en que Lady Annabel con su hija salieron a respirar el aire perfumado con las violetas; i aun-

que principiaban a desaparecer las primeras rosas, sus hojas salvajes i delicadas todavia parecian pintorescas i felices.

—Mamá, dijo Venecia, esta es la primavera?

—Es la primavera, hija mia, respondió Lady Annabel, ¡Hermosa primavera! El año es jóven i feliz como mi hija.

—Si Venecia es como la primavera, mamá es como el verano, contestó la niña, i la madre sonrió. I no es el verano jóven i feliz? continuó Venecia.

—No es tan jóven como la primavera, dijo Lady Annabel mirando a su hija con ternura, i temo que no sea tan feliz.

—Pero es tan bonito!

—Pero no es la hermosura la que nos hace felices. Para ser felices debemos ser buenas.

—Soi buena? preguntó Venecia.

—Mui buena, le contestó su madre.

Miéntras hablaban de este modo, llegaron al bosque, i Lady Annabel se absorbía en sus reflexiones. Se acercaron a una abadía solitaria i sombría.

—¿Sabes Pauncefort, dijo la señora, que hoi tengo el capricho de entrar aquí? I diciendo estas palabras se sentó con su hija i mandaron un sirviente a buscar quien les abriese.

—¿Porqué no vive aqui nadie? preguntó Venecia.

—El señor de la abadía vive en otra parte, hija mia.

—¿Porqué, mamá?

—Nunca haga preguntas señorita Venecia, se apresuró a responder la Pauncefort con un tono solemne; eso no es propio.

Lady Annabel se habia retirado.

Luego llegó un viejo, i abriéndoles la puerta les decia;

—Hace ocho años que nadie entra.

El interior de la abadía formaba un cuadro rodeado de claustros, i en el patio central habia una curiosa fuente, esculpida con esquisito cuidado por algun artista gótico, en uno de esos momentos de capricho que produjeron las figuras grotescas tan celebradas en los escultores feudales. No se sentia mas ruido que la caida del agua i el eco ligero que despertaba con su voz. Todo estaba allí descuidado i en ruina: cubiertos de polvo los salones escasamente amueblados, cubiertos de yerbas silvestres los caminos que en otro tiempo dibujaron el jardin: aquí i allá una estatua, una diosa o un sátiro derribados por el suelo i cubiertos de musgo i de líquen.

II.

Dos años serenos e inocentes pasaron sobre Cherbury desde aquel paseo a la abadía de Cadurcis. Venecia habia crecido en bondad, en cariño i en intelijencia. Solo un acontecimiento se

habia reflejado en la sociedad aislada de la madre i de la hija. Lord Cadurcis habia muerto dejando sus considerables propiedades a un hijo, pero la abadía i el título habian sido heredados por un pariente lejano. El círculo de Cherbury habia oido que el nuevo lord era un niño poco mayor que Venecia. Esto era todo. La abadía continuaba desierta i deshabitada.

Poco a poco habia ido introduciéndose en la sociedad de Cherbury un nuevo personaje. Era el doctor Masham, clérigo instruido, jovial, humorístico i un tanto cortesano; verdaderamente piadoso, sin ser fanático; que no olvidaba sus derechos pero que era jeneroso i caritativo una vez que se los habian pagado; que no olvidaba los enfermos pero que siempre estaba pronto a perseguir los zorros; estudiante tenaz, activo majistrado i buen cazador i para acabar su retrato añadiremos que aborrecia al papa i odiaba a los presbiterianos. Cuando los sirvientes se retiraron despues de la comida, el doctor dijo, fumando su cachimba:

—Es decir señora que al fin usted tiene un vecino!

--De veras! exclamó Lady Annabel.

—Sí, dijo él, la vieja abadía al fin tiene un habitante.

—Un habitante, doctor?

—I el mejor de todos, su propietario.

—Usted me sorprende. ¿Cuándo ha sucedido esto?

—Han estado ahí estos últimos tres dias. Yo fuí a hacerles una visita. La señora Cadurcis ha venido con el pequeño lord.

—Pues es completamente nuevo para nosotros, dijo Lady Annabel. ¿I qué clase de jentes son éstas?

—Usted sabe, mi querida señora, dijo el doctor, que el lord actual es un pariente mui lejano del que murió.

Lady Annabel hizo una señal de asentimiento.

—El último lord, continuó el doctor, que era el hombre mas extraño i caprichoso que jamas haya respirado, dejó este castillo con el título a un pariente. Es un bonito lugar, pero no tiene grandes rentas.

—¿I la señora Cadurcis? preguntó Lady Annabel.

—Era una santa, respondió el doctor, i el difunto Mr. Cadurcis un pródigo. Era un mal director de sus negocios, i lo que es peor, un mal marido. La providencia se complació en retirarlo de esta escena mortal, pero no lo hizo ántes de que hubiera disipado la mayor parte de la hacienda de su mujer. Desde que la señora Cadurcis quedó viuda, ha vivido en un estricto retiro con su hijito. Tenia una entrada mui limitada, mi querida señora, verdaderamente mui limitada. Ella se ha resuelto a vivir en la abadía i me parece que no va a tener que pagar renta: pero no sé.

—Pobre mujer, dijo Lady Annabel suspirando. Ojalá que su hijo sea su consuelo!

Venecia no habia hablado durante esta conversacion, pero habia escuchado atentamente.

—Mamá, dijo por fin, ¿no es una viuda la mujer que ha perdido su marido?

—Sí, mi hijita, respondió Lady Annabel con cierta gravedad. Venecia pensó un momento i añadió:

—Mamá, ¿es usted viuda?

—Mi querida niñita, dijo el doctor Masham, vaya a darle un pedacito de tostada a ese papagayo.

Lady Annabel i el doctor se levantaron de la mesa con Venecia, i fueron a pasear por el parque miéntras se preparaban los caballos.

—Creo, mi buena señora, dijo el doctor, que seria un acto de caridad cristiana ir a visitar a la señora Cadurcis.

—Pensaba lo mismo, dijo Lady Annabel, me interesa lo que usted me ha dicho de su historia i su fortuna. Tenemos algunos sufrimientos comunes, i espero que tambien algunas alegrías. Créo que este caso debe ser una excepcion a mi regla.

Al dia siguiente Lady Annabel fué a hacer su visita. Venecia i su aya la acompañaron por el parque, i al volverse la niñita preguntaba:

—Mistress Pauncefort ¿es usted viuda?

Al oír esta pregunta, casi saltó Mistress Pauncefort.

—Vamos señorita Venecia, de dónde se le ha ocurrido esto. Viuda! señorita Venecia, yo nunca me he cambiado nombre.

—¿Qué las viudas cambian sus nombres?

—Todas las mujeres cambian sus nombres cuando se casan, respondió Mistress Pauncefort.

—¿Es casada mi mamá?

—Qué! señorita Venecia, qué preguntas las tuyas. Casada! por supuesto que es casada.

—¿I con quién es casada? prosiguió la implacable Venecia.

—Con su papá, naturalmente, dijo la Pauncefort poniéndose colorada hasta los ojos i con un aire de asombro. Esto quiere decir, señorita Venecia, que usted nunca debe hacer estas preguntas. ¿No le he dicho muchas veces que no son bonitas?

—¿Porqué no son bonitas?

—Porque no son propias. Mire esa mariposa que va pasando. ¡Qué bonita!

—Ahora no me gustan las mariposas, me gusta hablar de las viudas.

La señora Cadurcis no estaba en su casa, así es que Lady Annabel volvió pronto.

III.

Pocos dias mas tarde la señora Cadurcis vino a Cherbury. La acompañaba su hijo que tenia al parecer entre once i doce años de edad.

—Terrible día, exclamó la señora Cadurcis, abanicándose al sentarse, i tanto calor! Plantagenet, mi hijo, haga su saludo. ¿No le he dicho que salude siempre al entrar a un salon, sobre todo cuando hai estraños? Esta es la señora Lady Annabel Herbert que tuvo la amabilidad de irnos a ver. Saluda a Lady Annabel.

—País encantador, prosiguió la de Cadurcis, pero caminos peores si es posible que los de Northumberland, donde a decir verdad no habia caminos. Cherbury es un lugar delicioso mui diferente de la Abadía; le aseguro que la encuentro horriblemente sola. Gran cambio para nosotras que dejamos una pequeña ciudad i todas nuestras amables vecinas. Mui diferente de Morpeth: ¿no es así Plantagenet?

—Aborrezco a Morpeth, dijo el niño.

—¡Aborrezco a Morpeth! exclamó la señora Cadurcis, eso es ser ingrato con todos los amigos que siempre encontramos. Además Plantagenet ¿no le he dicho que Ud. no debe aborrecer nada? Eso es mui malo. ¡El trabajo que me cuesta, Lady Annabel, educar este querido niño añadió la señora bajando la voz, yo lo he hecho todo, se lo aseguro; i cuando quiere puede portarse tan bien como el que mejor. ¿No es verdad, Plantagenet?

Lord Cadurcis se sonrió i sentándose en el fondo de la silla principió a columpiar sus piés.

—Estoi segura de que lord Cadurcis se porta bien, dijo Lady Annabel.

—¡Oyes Plantagenet! exclamó la de Cadurcis, escucha esto. Oiga lo que dice Lady Annabel, que está segura que Ud. se porta siempre bien. Ahora tenga cuidado de no darle motivos para que varíe de opinion.

Plantagenet hizo una mueca con el labio.

—¡Sentí tanto no estar en casa cuando fué a vernos! continuó la señora, pero habia ido ese día a Southport... ¡Qué triste es la Abadía! No sé lo que voi a hacer allí en el invierno. Solo espero que Plantagenet se porte bien!

—Estoi segura que lord Cadurcis hará lo posible para que Ud. esté contenta. Además la distancia a Cherbury es mui corta i Ud. vendrá con frecuencia a vernos.

—Oh! Plantagenet puede ser tan bueno como quiera, se lo aseguro, Lady Annabel, i portarse como el que mejor. Plantagenet mi querido, habla. ¿No le he dicho que debe hablar de cuando en cuando en una visita? No me gustan los niños callados, deben responder todo lo que se les pregunte.

—Nadie me ha hablado, dijo Cadurcis.

—Plantagenet querido, Ud. sabe que me prometió portarse bien.

—¿I qué he hecho?

—Lord Cadurcis, dijo lady Annabel interviniendo, ¿le gustan a Ud. los cuadros?

—Gracias, replicó el pequeño lord con cierta cortesía, me gusta estar solo.

—¿Ha visto un niño igual? I sin embargo Lady Annabel Ud. no debe juzgarlo por lo que vé. Le aseguro que se puede portar mui bien. Si Ud. lo hubiera visto en las tertulias de Morpeth, él era el verdadero adorno de la sociedad.

—Nó, no lo era, dijo lord Cadurcis.

—Plantagenet, dijo su madre de nuevo, con un tono solemne no le he dicho siempre que no debe contradecir a nadie. Hubo una representacion la última Pascua, i él lo hizo mui bien. Ahora Ud. no se lo puede imaginar viendo la manera como está sentado. Plantagenet querido, insisto en que se porte bien, siéntese como un hombre!

—No soi un hombre, dijo el lord tranquilamente, i ojalá que lo fuera.

—Plantagenet no le he dicho que no debe responderme; no es propio que los niños respondan. Eso lo hace para provocar carne!

En este tono continuó la conversacion por algun tiempo hasta que la señora resolvió apelar a su recurso ordinario: golpear a su hijo. El pequeño lord, experimentado en estas tormentas puso una silla delante de su madre enfurecida; la señora principió a seguirlo por el salon i viendo que no podia alcanzarlo le tiró con un libro por la cabeza, el niño se agachó i el libro fué a romper una vidriera; hizo un nuevo esfuerzo para alcanzarlo, pero el chiquillo puso el costurero de lady Annabel como parapeto, la señora tropezó, se fué al suelo i le dieron histéricos. La asombrada lady Annabel ayudó la madre a levantarse.

Hubo un momento de calma i en ese momento entró Venecia como un ángel de paz.

—Mamá, dijo Venecia, en su tono mas suave.

—Ven hijita, le contestó Lady Annabel.

La señora Cadurcis abrió sus ojos suspirando. Miró a Venecia con admiracion. Oh! lady Annabel dijo, qué pensará Ud. de mí! Pero ha visto Ud. una madre mas desgraciada. I no tengo un solo pensamiento que no sea para ese chiquillo. Le he consagrado mi vida i si no fuera por él no habria venido a enterrarme en la abadía. I esta es la manera como me trata i su padre ántes que él me trató peor. ¿No soi la mujer mas desgraciada que Ud. ha conocido?

—Mi querida señora, le dijo amablemente Lady Annabel, Ud. será mui feliz.

—¿Es este ángel su hijo preguntó la de Cadurcis bajando la voz.

—Esta es mi hijita Venecia. Venga Venecia i hable a la señora Cadurcis.

—¿Cómo está Ud. señora Cadurcis dijo Venecia. Tengo mucho gusto de que Ud. se halla venido a vivir en la abadía.

—¿Qué ánjel! Oh! por qué no la habló mi Plantagenet en el mismo tono? ¡Él puede si quiere.....!

Venecia fué donde el pequeño lord que estaba en el rincón i suavemente golpeó su tostada mejilla.

—¿Es Ud. el niño? le dijo.

Cadurcis la miró, i su primera mirada fué aspera i altiva pero luego se suavizó. ¿Cuál es su nombre le dijo en un tono bajo i cariñoso.

—Venecia.

—Te quiero Venecia, dijo el lord ¿Vives aquí?

—Sí, con mi mamá.

—Tambien quiero a tu mamá, pero no tanto como a tí. Me gusta tu pelo negro.

—¿Qué gracioso! le gusta mi pelo negro! dijo la niña riendo.

—Si hubieras venido ántes no habríamos tenido esta revuelta.

—¿Qué es una revuelta niño? preguntó Venecia.

—No me llames niño, le dijo, llámame por mi nombre.

—¿Cuál es su nombre?

—Lord Cadurcis, pero tú puedes llamarme por mi nombre de pila, porque te quiero.

—¿Cuál es tu nombre de pila?

—Plantagenet.

—Qué nombre tan largo, dijo Venecia. Dime Plantagenet ¿qué es una revuelta?

—Lo que pasa siempre entre mi madre i yo, pero lo que siento mucho que haya pasado aquí ahora, porque me gusta este lugar i quisiera venir con frecuencia. Una revuelta es una pelea.

—Una pelea! qué! usted pelea con su mamá?

—Frecuentemente.

—Entonces usted no es un buen niño.

—Ah! es que mi mamá no es como la suya, dijo el pequeño lord suspirando. No es mi falta. Pero ahora quisiera arreglarlo todo ¿qué haré?

—Vaya i dele un beso.

—Bah! ese no es el medio, le contestó riendo lord Cadurcis.

—Le voi a preguntar a mi mamá lo que debemos hacer, dijo Venecia, i empinándose en la punta de sus piés dijo al oído de lady Annabel lo que Plantagenet pensaba.

La señora acercó el niño a su madre diciendole que su hijo sentia haberla ofendido i reclamaba su intervencion para reconciliarse.

—Madre, dijo el niño, siento lo que ha sucedido. Fué mi falta i no quedaré contento hasta que me haya perdonado.

—Nó, no fué suya la falta, dijo la pobre señora Cadurcis desconsolada, fué mia. No ve lady Annabel lo que yo le decia que no hai una criatura mas suave, mas querida i mas jenerosa. Oh! si siempre hablara así yo seria la mujer mas feliz que ha existi-

do. Mi querido Plantagenet tú eres mi única esperanza i alegría. Tú eres el tesoro i el consuelo de mi vida, sólo siempre.

IV.

Poco a poco fueron estrechándose las relaciones de amistad entre ambas familias; Cadurcis llegó a ser el compañero de estudios de Venecia i lady Annabel se acostumbró a mirarlos como hermanos.

Mientras estaban juntos los dos niños, Cadurcis descubria las ricas cualidades de su ardiente fantasia, en medio de una suavidad de carácter i un fondo de ternura delicada. Pero separado de Venecia la influencia encantadora parecia desvanecerse. Exaltado por su fantasia, adolorido con la separacion de su querida compañera i pensando en la recepcion con que su madre lo aguardaba, con frecuencia, solo, se detenia en el camino a mirar el sol que bajando en el horizonte, iluminaba con sus rayos moribundos los torreones de la abadía i encendia las aguas del lago; miraba hasta que las lágrimas humedecian sus mejillas; i sin embargo él no sabia por qué.

El pequeño lord se volvía a su casa triste i silencioso, i su madre con frecuencia irritada por su mal humor apelaba a las espresiones de un carácter violento i ofendido; pero desde que conoció a los Herbert, Plantagenet aprendió a dominar sus emociones i conseguia así hacer mas raras esas escenas de recriminaciones domésticas en otro tiempo tan penosamente frecuentes.

Mientras estaba en su lecho Plantagenet se sentia feliz porque estaba solo. Se quedaba despierto largas horas sumido en un sueño dulce e involuntario, acariciando el porvenir que siempre nos promete felicidad. Todo lo que ansiaba era ser hijo de Lady Annabel, así estaba seguro de que no seria desgraciado un solo instante. Apoyado sobre su almohada se escapaba de la penosa realidad que lo envolvía refujiándose en las dulces creaciones de su fantasía. Solo, en su pequeño lecho, Cadurcis se creía hermano de Venecia, soñaba con mil escenas en que estaban siempre juntos.

Venecia era la confidente de todos sus pesares domésticos i con frecuencia él le suplicaba que pidiera a Lady Annabel una pacificadora esquila para su madre que le proporcionase una tarde tranquila en su Abadía; i cuando no la conseguían las últimas palabras de Venecia le suplicaban que se dominase i le hablara a su madre lo mejor que pudiera. Ella volvía a su hogar feliz, saludada con las sonrisas de una madre suave i hermosa; i con palabras de afectos mas dulces que la música. Tenia una compañera cariñosa cuya única aspiracion era hacerla feliz, entre-

tenerla, instruirla. Con frecuencia cuando corria las cortinas de su lecho i tenia entre sus manos la mano de su madre Venecia pensaba en el pobre Plantagenet, que no tenia a nadie que simpatizara con sus pensamientos i quizás en ese mismo instante tenia una desgraciada lucha con su madre.

La nueva situacion en que Venecia se encontraba apartó sus pensamientos de un asunto que en otros dias la absorvia por completo: ese objeto ideal era su padre.

Insensiblemente se habia acostumbrado a creer que este era un punto que no debia tocar jamás. En todas las confidenciales efusiones con Plantagenet, Venecia habia esquivado este asunto misterioso.

—Me gustaría, dijo Plantagenet a su amiga, un dia que se paseaban por Cherbury, me gustaria andar por toda esta casa. ¿La has visto alguna vez?

—Nunca, dijo Venecia, la mitad está cerrada i nadie entra allí, escepto mi mamá.

—¿Dónde han vivido Uds. ántes de venir a Cherbury? preguntó lord Cadurcis.

—Sé que no nací aquí, dijo Venecia, pero me vine tan chica que no conservo recuerdo de otra parte.

—I ¿ha vivido alguien aquí ántes que Uds. vinieran?

—No sé, nunca he oido hablar de nadie.—Yo, continuó con cierta tristeza, yo no sé nada.

—¿Te acuerdas de tu papá? preguntó Plantagenet.

—Nó, dijo Venecia.

—Entónces debió morir casi al mismo tiempo que tu nacistes.

—Supongo así le contestó Venecia, i su corazon temblaba.

—¿Quién sabe si ha vivido aquí alguna vez!

—No le gusta a mi mamá que le hable sobre mi papá: yo no puedo decirte nada.

—Ah! tu papá Venecia fué mui distinto del mio: mi madre habla de él con bastante frecuencia. No se entendian mui bien a lo que parese i cuando peleamos ella siempre dice que yo se lo recuerdo. Yo creo que Lady Annabel amó mucho a tu papá.

—Estoi segura que lo quiso mucho! exclamó Venecia.

Desde ese momento el sueño constante de Plantagenet fué descubrir aquel misterio que lo envolvía i lo asediaba. Vivía entónces en Cherbury donde habia ido a pasar con su madre la semana de Pascua. Por fin al cuarto dia de la visita Plantagenet conversaba con Venecia en el salon.

—Anoche, le dijo, vi a tu mamá entrar en los cuartos cerrados i quisiera que nos dejara ir allá.

—Anoche! dijo Venecia sorprendida ¿a qué horas la vistes?

—Mui tarde: no podia dormir i se me ocurrió pasearme por la galeria como lo hago en la Abadía. Me gusta pasearme por una galeria vieja, solo, en la noche. No sé porqué, pero me gusta mucho. Todo es tan tranquilo i se oye el grito de los buhos. No me he podido explicar esto, pero nada me gusta tanto como estar en pié cuando todos están durmiendo. Parece que uno fuera la sola persona que vive en el mundo. Algunas veces pienso que cuando sea hombre estaré en pié la noche i me acostaré durante el dia. ¿No es curioso?

—Pero mi mamá, dijo Venecia ¿cómo vistes a mi mamá?

—Oh! de eso estoi seguro, si te he de decir la verdad al principio tuve miedo; pero luego pensé que no era propio de un Cadurcis tener miedo, así es que me apoyé en la pared a la sombra i me quedé resuelto a no gritar sucediera lo que sucediese.

—Oh! me das miedo Plantagenet! interrumpió Venecia.

—Ah! tú habrias tenido miedo si hubieses estado ahí: ver despues de la media noche una figura alta, blanca i una luz! Sin embargo eso no tenia nada de alarmante; era Lady Annabel i nada mas. La ví tan claramente como te veo ahora. Marchó por la galería i se fué derecho a la misma puerta que me mostrastes esa mañana. Yo marqué la puerta, así es que no pude confundirla. La abrió i entró.

—¿I despues? preguntó Venecia con curiosidad.

—Despues como un tonto me fuí a la cama: tuve miedo de que me descubrieran i seria difícil que tuviera dos veces la fortuna de escaparme. No sé mas.

Venecia no pudo replicar. Oyó una carcajada i luego la voz de su madre que los llamaba alegremente a mirar una colosal bola de nieve que habian hecho algunos de los servidores.

En la tarde, cuando estaban sentados al rededor del fuego, la señora Cadurcis principió a contar a Venecia una larga historia de duendes i aparecidos que declaraba habia sucedido en su propia familia. Estas historias no agradaban mucho a Lady Annabel pero era demasiado bien educada para interrumpir a su huesped. Sin embargo cuando acabó la narracion i dejó ver Venecia el efecto que le habia producido, su madre se empeñó en hacer ver el poco crédito que se debia dar a estas tradiciones i la manera racional como muchas de ellas pudieran ser explicadas. Venecia parecia profundamente interesada en el asunto, preguntó mucho sobre sonámbulos i sonambulismo i por último dijo: Mamá ¿ha andado Ud. alguna vez dormida?

—Nó, que yo lo sepa, dijo Lady Annabel sonriendo, creo que no.

—Pues vea Ud., añadió Plantagenet, que habia escuchado en silencio, es mui curioso pero soñé una vez que Ud. lo habia hecho, Lady Annabel.

—¿De veras?

—Sí, i anoche lo volví a soñar: me parecia que estaba durmiendo en el departamento deshabitado; que se abrió la puerta i que Ud. entró con una luz.

—No, Plantagenet, dijo Venecia, que estaba sentada a su lado hablándole en voz baja, no fué...

—Chit! exclamó Plantagenet en una voz mas baja todavía.

—¡Qué sueño tan extraño doctor, dijo la de Cadurcis.

—Ahora niños les voi a contar una historia mui curiosa, dijo el doctor, i es cierta porque me sucedió a mí mismo.

El doctor se embarcó en su narracion i luego interesó a todo el auditorio, pero Lady Annabel por algun tiempo quedó completamente silenciosa.

VI.

Con la vuelta de la primavera los paseos al campo comenaron, i en una de esas cavalgatas fueron a Marringhurst. Allí vivia el doctor quien los recibió con toda la cordialidad de un viejo amigo.

El doctor se regocijaba con la excursion tanto como los mismos niños; un sol limpio lo hacia todo mas alegre i brillante. El jardin, la gruta i todas las novedades del lugar divertian a sus jóvenes compañeros. Todo lo veian, todo lo registraban encontrando siempre asunto de que reir.

Despues de comer los niños se fueron al jardin. Jugaron por algun tiempo hasta que se le ocurrió a Plantagenet aprender a encumbrar un volantín, le pidió a Venecia que lo aguardara en la gruta mientras iba a preguntar al doctor si el sirviente podia enseñarle. No tardó mucho en volver pero volvió ajitado. Venecia le preguntó si habia conseguido su objeto, pero el moviendo la cabeza le contestó que no habia preguntado.

—¿Por qué nó? dijo Venecia.

—No quise, contestó con un aspecto sério, ha sucedido algo.

—¿Qué ha sucedido?

—Algo extraño, fué su respuesta.

—Oh! dime Plantagenet!

—Mira, le dijo, tu mamá está llorando.

—Llorando! exclamó Venecia. Mi querida mamá llorando. Debo ir inmediatamente.

—Por Dios! dijo Plantagenet moviendo la cabeza, Ud. no debe ir.

—Yo debo ir.

—Nó, Ud. no debe Venecia, fué su respuesta. Estoy seguro que ella no quiere que nosotros sepamos que está llorando.

—¿Qué te dijo?

—Ella no me ha visto, el doctor si que me vió i me hizo señas

para que me retirase. No digas nada Venecia: oye lo que voi a contarte. Me asomé al cuarto por las ventanas abiertas, tu mamá estaba de pié con la espalda vuelta a el lado en que yo me asomé, apoyándose en la chimenea, con la cara cubierta por su pañuelo; el doctor estaba a su lado i cuando me vió me hizo señas para que me retirase, lo que hice inmediatamente. Tu debes parecer como si no supieras nada de lo que ha pasado: si tu le dices a tu mamá que la he visto llorando no te diré nunca nada.

—¿Por qué crees, Plantagenet, que lloraba mi mamá?

—No sé; quizás estarían hablando sobre tu papá.

Luego los llamaron i Lady Annabel los recibió con su habitual cariño. Venecia corrió a abrazarla; las observaciones que le habia hecho Plantagenet la preocupaban i estaba resuelta a no renovar el sufrimiento de su madre haciendo alusiones a lo que habia pasado.

VII.

Pasó el feliz verano i vino despues un otoño húmedo. Semanas de constante lluvia hicieron imposibles las visitas diarias a Cherbury. Con los sufrimientos i las enfermedades de su madre aumentó su mal humor. Insistia en que su hijo no se alejara de su lado i si él se negaba entraba en un acceso de celos acusándolo de que prefiriese la sociedad de los estraños a la de su madre. Cadurcis se dominaba, pero este sacrificio no era recompensado, su madre no hacia nada por que su sociedad fuese agradable, soportable siquiera. Si el tiempo le permitia ir a Cherbury, estaba seguro de ser recibido con una esplosion de cólera; si se quedaba en la Abadía ella estaba triste, constantemente insinuándole que lo suponía desesperado cuando pasaba un dia a su lado.

Cadurcis se ponía pálido, se mordía los lábios i acababa por salir de la pieza. Pasaba dias enteros sin cambiar un monosílabo con su madre. Cadurcis habia descubierto sus sufrimientos a Venecia mas de una vez i habia de este modo llegado hasta Lady Annabel quien no cesaba de aconsejarle sus deberes.

Aunque encerrado en la Abadía, Cadurcis rara vez acompañaba a su madre. Se encontraban en el comedor i nada mas. Entraba todos los dias con intencion de reconciliarse, pero eran tan violentos i sensibles los caracteres de la madre i de su hijo, que solo podia evitar las tempestades encerrándose en el silencio. Esto encolerizaba su madre, asi es que el pobre chiquillo jeneralmente se separaba de su lado con un ojo hinchado o con un razguño de cuchillo: i acababa por irse a encerrar en su cuarto para poder llorar.

En medio de una situacion semejante Cadurcis buscaba un

recurso. La lluvia continuaba derramando sus torrentes i el ruido del turbio i engrosado lago se podia oír desde la Abadía. Durante la noche le gustaba escuchar el ruido salvaje con que resonaba el viento, cruzando por los claustros. En la mañana miraba con interés los restos de la tempestad: las ramas arrancadas de los árboles i a veces los troncos desarraigados de su antiguo suelo. No queria tener compañeros, le gustaba salir solo, escuchar los vientos, mirar los árboles i el agua, vagar por esos claustros sombríos i esas galerías ruinosas.

Le gustaba sin embargo el castillo de sus antepasados. Poder i pompa, fama de sus mayores, respeto lejendario de las edades, todo eso era grande, exitador i heróico; todo eso salía de la esfera de una vida vulgar. En el castillo de los Cadurcis, él era Cadurcis i aunque niño era sensible al orgullo de su antigua raza.

Forzado a vivir solo, forzado a alimentarse con su propio pensamiento, encontró en esa soledad cada día un nuevo encanto i en su pensamiento un rico tesoro de interés i de curiosidad. Fué asombrosa la manera como se desarrolló su carácter en ese aislamiento. El niño alegre que algunas semanas ántes habia buscado con tanto interés la compañía de Venecia, se habia cambiado en el ser sombrío i melancólico que paseaba los solitarios claustros de Cadurcis o buscaba en su habitación aislada las diversiones de un libro.

Una tarde al volver de Cherbury, encontró Plantagenet apagado el fuego en el pequeño cuarto que se habia apropiado. Se quejó al sirviente de aquel descuido pero este le hizo saber que habia sido apagado por órden de su madre, quien deseaba que en adelante leyera siempre en el salón.

Después de la comida Cadurcis dijo en su tono mas tranquilo:

—Creo que debo escribir mañana a mi apoderado para irme a Eton.

—Ud. no lo hará, dijo la señora Cadurcis. Nunca habia visto una cosa tan ridícula como la idea de que un muchacho como Ud. le escriba cartas a un apoderado que no ha visto jamás. Cuando crea conveniente de que se vaya a Eton, yo escribiré.

—Quisiera que Ud. lo creyera conveniente ahora.

—No quiero ser mandada, dijo la señora Cadurcis con arrogancia.

—Yo no la mando, respondió su hijo con calma.

—No quiero que me responda, dijo la madre.

—I yo tambien prefiero el silencio.

—No quiero que Ud. venga a insultarme en mi propio cuarto, continuó la de Cadurcis.

—No la insulto señora, respondió Plantagenet con orgullo, i en cuanto a su cuarto nunca quiero entrar en él. I a la verdad que no estaria aquí si Ud. no me hubiera mandado apagar el fuego i exijido que viniera a su salón.

—Oh! Ud. es mui obediente, exclamó con sarcasmo la de Cadurcis.

—Entónces mandaré prender mi fuego.

—Ud. no lo hará, yo soi la única que mando en esta casa i vaya a escribirselo a su apoderado si quiere.

—Sentiria mucho escribirle en mi primera carta un disparate semejante.

—¡Disparate, señor! Disparate dijo Ud.? Su madre diciendo disparates. ¿Dónde ha aprendido esto? Esto viene de sus visitas a Cherbury: bonitas lecciones son las que le da Lady Annabel.

—¿Qué tiene que hacer Laddy Annabel con esto?

—No me amenace, señor, dijo la de Cadurcis, ¡venirme a decir que hablo disparates!

—I bien! Ud. habla disparates, siempre habla disparates i no habla nunca sobre Lady Annabel sin decir un disparate.

—Si no estuviera enferma verias como te iba, dijo su madre rechinando los dientes. Oh! bellaco! Tu eres peor que tu padre.

—Me atrevo a creer que mi padre no era tan malo, despues de todo.

—¿Qué sabe Ud. de su padre, señor? Cómo se atreve Ud. a hablar de su padre?

—¿I quién puede hablar de un padre sino su hijo?

—¡Cállese el imprudente!

—Señora!

—¡Bellaco! quisiera tener alguna cosa con que tirarte por la cabeza.

No pudiendo ya la señora Cadurcis contenerse saltó sobre su hijo. Plantagenet quiso correr en el primer momento pero luego se detuvo.

—Señora, dijo a su madre, me he apartado de su camino para que no me golpee, porque tengo resuelto que si Ud. me toca una sola vez no viviré con Ud. mas. Ahora Ud. puede hacer lo que le parezca. Me siento en esta silla i no me muevo. I hablando asi se sentó en la silla.

La señora Cadurcis saltó sobre él sacudiéndolo por la cabelle-
ra, su hijo se levantó sin decir una palabra i dejó el cuarto lentamente.

Desde ese instante no volvió a ver a Lord Cadurcis, lo buscaran inútilmente en Cherbury, Marringhurst, en todos los alrededores. El niño no aparecía.

VIII.

La ajitacion era grande en todas partes. Se pusieron en movimiento sirvientes i amigos. Por fin, el doctor Masham llegó a descubrirlo entre una partida de jitanos i lo llevó a la Abadia.

Su llegada fué anunciada por un sirviente que reconoció su lord a la distancia i vino corriendo a dar la noticia. Lady Annabel salió a encontrarlos en los claustros. Saludó al doctor i sin decirle una palabra lo llevó a un lado.

Cadurcis se quedó de pié en el mismo lugar en que lo habian dejado. Algunos momentos despues volvió el doctor i le dijo con una cara pálida i una voz turbada: Lord Cadurcis, Lady Annabel quiere hablar con Ud.

Cadurcis, inmediatamente, pero lentamente se dirigió al salon. Lady Annabel se paseaba ajitada. Cuando lo vió entrar la abrazó afectuosamente.—“Mi querido Plantagenet, le dijo, tengo que daros una noticia bien triste. Le faltó la voz para continuar i las lágrimas rodaron por sus mejillas.

—¿Mi madre está enferma? preguntó con calma lord Cadurcis.

—Algo peor, mi querido Plantagenet.

Cadurcis miró a su alrededor de una manera salvaje i luego fijando sus ojos en Lady Annabel, le dijo:—Solo hai una cosa peor que eso.

—I es lo que ha sucedido, contestó Lady Annabel.

El se arrojó sobre una silla cubriéndose la cara con las manos. Pocos minutos despues levantó la cabeza i dijo con una voz baja pero clara: Es demasiado terrible pensar en eso, pero si es cierto, si todo ha sucedido; déjenme solo.

Lady Annabel lo abrazó i se retiró al cuarto inmediato en que la aguardaba el doctor, que queria conocer los detalles de aquel fatal incidente. Había sucedido en la mañana. La señora Cadurcis no habia dormido desde que supo la fuga de su hijo; escasamente se habia visto por una hora libre de violentos ataques epilépticos: mui temprano habia tenido un acceso que duró cerca de media hora. Se durmió un poco i luego despertó: preguntó por su hijo. Le contestaron que el doctor Masham no habia llegado todavía pero que estarian de vuelta en la mañana. Ella contestó que seria tarde. Se esforzaban por darle valor. Ella mandó llamar a Lady Annabel. Cuando la señora Cadurcis la reconoció le tomó la mano i le dijo en un tono moribundo: “Fué mi falta, siempre fué mi falta, ahora es demasiado tarde; déjelo encontrar una madre en Ud.” No habló mas i murió en el curso de una hora.

La primera conviccion de que la muerte ha entrado en la casa es el momento mas horrible de la juventud. Cuando niños creemos que no solo nosotros mismos sino todo lo que nos rodea es inmortal. Mientras la hoz no ha herido una víctima al rededor nuestro, la muerte es una palabra sin sentido, hasta entónces su casual mencion no ha estampado ninguna idea en nuestro cerebro. Hai pocos, aun entre los ménos susceptibles de pensamientos i emociones, sobre quienes el primer muerto en la familia no obra como una poderosa revelacion de los misterios de la vida,

hai pocos que despues de semejante catástrofe no miren el mundo de una manera diversa. El pasado vuelve a la memoria, nos hace soñar con el porvenir; i la juventud, la alegre i lijera juventud, aprende por vez primera a sentir i a temer.

Sobre Carducis, un niño de carácter pensativo, i en cuya naturaleza estraña i todavia no desenvuelta habia un fondo de melancolia tan intensa, la súbita muerte de su madre produjo un efecto profundo. Olvidó de ella todo, menos sus lazos íntimos i naturales i sus afectos ardientes i sinceros. Ahora estaba solo en el mundo i la reflexion le enseñaba en ese momento la triste verdad de que en la vida, despues de todo, no tenemos mas amigos en que apoyarnos que nuestros padres. Todos los demás afectos por ardientes que sean pueden enfriarse, todas las demás confianzas por ilimitadas que fueren pueden ser violadas. —

En la fantasmagoria de la vida, el amigo con quien por años hemos tenido las relaciones mas íntimas se ve de repente separado de nosotros, o se hace por circunstancias tristes pero irresistibles nuestro mortal enemigo. En cuanto a las mujeres, ¿quién no sabe que los lazos de la pasion son tan frágiles como encantadores? quién no sabe que el seno en que hemos depositado con idolatria todos nuestros pesares secretos i nuestras ardientes esperanzas, puede encerrar un corazon que insulte mañana nuestra desgracia i envenene nuestra felicidad? Donde está el semblante enamorado que sonrió con el primer amor i fué a derramar lágrimas sobre su tumba? Dónde están los compañeros de la juventud con quienes ibamos a compartir las luchas i los triunfos de la vida? En medio de este mundo inconstante ¿qué cosa cambia tanto como el corazon?

Lord Cadurcis se paseaba por la galeria medio iluminada por la luna, triste i pensativo, lady Annabel se acercó i acariciándolo le dijo:

—Querido Plantagenet ¿no se acuesta Ud. ahora?

—Nó, le contestó él.

Ella le tomó la mano i continuaron paseándose.

—Me parece, le dijo Lady Annabel, que Ud haria bien en venir donde estamos todos.

—Quiero estar solo, fué su respuestá.

—Pero en los momentos tristes debemos estar con nuestros amigos.

—Ah!

—Yo no tengo amigos contestó Plantagenet suspirando. Solo tenia una!

—Yo soi su amigo, mi hijito, le contestó Lady Annabel en su tono mas suave i afectuoso, ahora soi su madre i lo seré siempre si Ud. lo quiere. I Venecia ¿ha olvidado Ud. a su hermana? No es ella su amiga? I tampoco puede dudar de que el doctor Mashan sea su amigo.

Cadurcis quiso comprimir un suspiro.—Ah! Lady Annabel,

ahora son Uds., mis amigos, lo son todos i ustedes saben que los quiero mucho. Pero hace dos años Uds. no lo eran; las cosas volverán a cambiar, cambiarán no lo dude Ud. Una madre es su amigo mientras vive, es siempre su amigo!

—Véngase a Cherbury, le contestó ella, i allí encontrará una madre, una verdadera madre.

El estrechó la mano de Lady Annabel contra sus lábios i la mano quedó cubierta de lágrimas.

IX.

Lord Cadurcis fué a Cherbury mientras venian nuevas órdenes de su apoderado.

Por fin llegó el momento en que era forzoso abandonar la vieja Abadia poblada con los fantasmas de sus sueños i ese Cherbury que habia llenado con sus afectos.

La noche ántes de la partida fué mui triste.

Venecia estaba inquieta; se preocupaba tanto con el deseo de estar despierta cuando saliera Plantagenet que no pudo dormir; en la madrugada cayó exhausta en un ligero adormecimiento del que salió convulsivamente despertada por el sonido de las ruedas de la silla de posta. Miró por la ventana i vió al sirviente que temblaba debajo de su capa. Poco despues oyó los pasos de Plantagenet en el vestíbulo; pasó por delante de su cuarto i fué a golpear la puerta de su madre; despues todo quedó en silencio.

—Es mui temprano, le dijo Lady Annabel que estaba sentada en un silló cuando entró Plantagenet? Está el doctor en pié?

—Está almorzando.

—I Ud. ha almorzado?

—No tengo apetito.

—Ud. debiera tomar algo ántes de irse. Ahora, mi querido Plantagenet, venga, añadió estendiéndole la mano, escúcheme una palabra. Cuando Ud. llegue a Lóndres irá donde su apoderado. Es un grande hombre i creo que tambien un hombre bueno, Ud. debe quererlo, honrarlo i obedecerlo i no dudo que el merecerá todo su afecto, su respeto i su deber. Todo lo que el desee o le aconseje Ud. lo hará. Pero mi querido Plantagenet, si por casualidad sucediere, porque cosas estrañas suceden a veces en el mundo, de que Ud. se vea en alguna dificultad i necesite un amigo acuérdesese que Cherbury tambien es su casa, la casa de su corazon i que no solo porque lo quiero sino tambien porque lo he prometido a su madre, yo siempre me consideraré como un pariente suyo. Ud. encontrará un gran cambio en Eton, sufrirá muchas pruebas i tentaciones pero las vencerá todas si recuerda mis consejos. Tema a Dios; que nada lo haga olvidar sus oraciones i Ud. encontrará en esas oraciones un consuelo. Obebezca a

sus superiores, trate siempre a sus maestros con respeto. Diga siempre la verdad; una desviación de la verdad es siempre la causa de todas las miserias. Sea amable con sus compañeros, pero resuelto; sea modesto i humilde i siempre respetese a si mismo. Acuérdesse de quien es i que tiene el deber de sobresalir. ¡Qué Dios lo bendiga! continuó la señora despues de una lijera pausa i con una voz desfalleciente. ¡Qué Dios lo bendiga, mi querido niño i Dios lo hará si Ud. se acuerda de él! Trate también de acordarse de nosotros. No se olvide de Cherbury, de los corazones que lo aman con ternura i que pidiran siempre por su felicidad.

Plantagenet se inclinó sobre el pecho de Lady Annabel. Habia entrado al cuarto resuelto a disimular su emocion, pero su corazon cedió al primer llamado de sus afectos. Solo pudo murmurar algunas palabras incoherentes i sin saher como se encontró fuera de la pieza.

Con ojos llorosos i paso vacilante] marchaba por el vestíbulo cuando oyó su nombre pronunciado a media voz. Miró a su redor; era Venecia. Nunca habia tenido una vision mas bella. Estaba medio envuelta en su capa. Su pelo negro i suelto, su mejilla encendida i sus grandes ojos inundados de lágrimas.

—Plantagenet! dijo ella.

Ninguno de los dos pudo hablar. Se abrazaron, mezclaron sus lágrimas i a cada instante lloraban mas. Por fin se oyeron pisadas, Venecia murmuró una bendicion i se desvaneció.

Cadurcis se detuvo un momento para dominarse. Secó sus ojos i trató de ocultar su turbacion.

Todos los sirvientes estaban en el patio. Todos querian al pequeño lord; era tan gracioso i tan jentil! Todos querian tocar su mano ántes de que se fuera; él trataba de sonreír i decirles algo amable.

El doctor Masham se presentó riendo como de costumbre, montó en la silla de posta, llamó al niño i dando la fatal señal, Lord Cadurcis fué separado de aquel Cherbury que tanto amaba.

(Continuará.)

AUGUSTO ORREGO L.

EL PEOR ENEMIGO DE LO BUENO

ES LO MEJOR.

Las discusiones parlamentarias son en Chile excesivamente tardias para producir resultados.

La adopcion definitiva de leyes que estatuyan sobre muchas materias es por demas difícil.

Basta que un proyecto contenga gran número de artículos para que pueda predecirse, hablando en jeneral, que su triste destino será el de ir a aumentar el cúmulo de otros parecidos que atestan los archivos de ambas Cámaras.

La presentacion de un proyecto de esta clase lleva solo a su insercion en el *Boletín de sesiones*; i cuando su autor es mui influente o afortunado, o la materia mui interesante, a la discusion de unos cuántos de sus artículos.

Entre tanto, el tiempo trascurre veloz; el Congreso se renueva; surjen nuevas cuestiones; la situacion política varía; el proyecto pasa a la categoría de documento histórico.

Me limito a señalar un hecho que a todos consta.

No tengo en esta ocasion el propósito ni de investigar su causa ni de proponer su remedio.

El hecho es el hecho.

Dado el antecedente, me parece que nuestros lejisladores obran con poco acierto cuando formulan proyectos demasiado minuciosos, i sobre todo cuando presentan proyectos demasiado complejos.

Del mismo modo, creo que proceden desacordadamente cuando no aprovechan la oportunidad de realizar mejoras mas o ménos trascendentales sobre uno o varios puntos, porque al mismo tiempo no pueden llevar una reforma saludable a otros que están mas o ménos relacionados con aquellos.

La regla de conducta que, a lo que yo pienso, aconseja la prudencia en asuntos de este jénero, es apresurarse a asegurar lo que se pueda, sin perjuicio de seguir trabajando con la mayor actividad i constancia en perfeccionar o corregir lo restante.

Indudablemente lo mejor será siempre obtener la realizacion mas lata de los planes que cada uno de nosotros haya podido concebir para fomentar la prosperidad comun o individual.

Pero cuando aparezcan resistencias para una reforma radical i mui comprensiva; cuando se le opongan muchas dificultades; cuando se observe que su adopcion ha de ser precisamente mas o ménos remota, conviene sobre manera, en mi concepto, que si es posible hacer aceptar luego una parte cualquiera de la reforma mencionada, se ponga en práctica sin pérdida de tiempo aquello que se admite, reservándose los que deseen ir todavía

mas adelante su indisputable derecho para seguir empeñándose por el triunfo de todas sus ideas.

Los planes de mejora que se proponen a la discusion, comprenden por lo comun distintas materias que guardan entre sí alguna conexion estrecha o lejana, pero que pueden considerarse i ejecutarse por separado.

Sucede con frecuencia que los que combaten la adopcion de todo un plan aceptan de corazon la bondad de algunas de sus partes, o no se atreven a rechazarlas.

En tales casos, es perjudicialísimo para el bien público que no se conviertan desde luego en leyes las mejoras, cuya justicia o utilidad todos se ven forzados a admitir, o solo pocos desconocen.

La realizacion de las reformas parciales prepara por los buenos efectos que producen la de otras de igual clase, i aun la de una completa i radical.

Esas reformas parciales serian convenientes aun cuando no produjeran otro resultado, que el de hacer perder el miedo ciego a las innovaciones.

Sobre todo, no puede negarse que una liquidacion de esta especie simplifica las materias en discusion, i facilita el concentrar la atencion en los puntos mas delicados.

Los que combaten el método que propongo suelen apoyarse en aquello de que el exceso del mal trae mas pronto el remedio. No se sienten inclinados a aceptar las reformas parciales, por importantes que sean, porque como ellas naturalmente hacen experimentar ménos los inconvenientes de las instituciones viciosas que quedan en pié, están persuadidos de que aquellas sirven para consolidar éstas, i hacerlas durar mas de lo que de otro modo habria sucedido.

Esta opinion me parece errónea.

Las malas leyes i las malas prácticas corrompen las costumbres.

Los pueblos que por largo tiempo contemplan impunes i aun aplaudidos los abusos se habituan a ellos, hasta el extremo de no sentir la necesidad de corregirlos.

Por el contrario, las buenas leyes i las buenas prácticas hacen resaltar por el contraste los perniciosos efectos de las otras, estimulando a enmendarlas.

A la verdad, los pueblos en ocasiones suelen ser enérgicos para reclamar i recobrar sus derechos; pero, ¡cuántas otras llevan la mansedumbre hasta la mas servil indolencia!

Ademas, hai tiempos favorables i otros adversos para las reformas.

A veces soplan vientos de justicia i de libertad que es menester aprovechar, porque desgraciadamente la esperiencia manifiesta que no siempre son continuos i periódicos.

Recuerdo que el año de 1849, todos se mostraban mui acordes:

sobre la urgencia de reglamentar los estados de sitio i las facultades extraordinarias. Las acaloradas discusiones que entónces se suscitaron sobre el particular eran solo relativas a cuestiones de mas o de ménos.

Han trascurrido veinte i tantos años, i todo quedó en discursos.

Habria sido de desear que los que en aquella época pedian las mayores limitaciones para la autoridad del presidente i las mayores garantías para los derechos de los ciudadanos en las circunstancias escepcionales, se hubieran afanado porque se hubieran adoptado las indicaciones, no desnudas de importancia, que proponian los que aspiraban a que esas limitaciones i esas garantías fuesen menores.

Asi habria habido algo estatuido acerca de materia tan trascendental; i por otra parte, nada habria impedido a los ultra-liberales el seguir esforzándose para conseguir que se aceptasen todas sus ideas.

Hai todavía una consideracion poderosa para no desear que la reforma pueda ser operada por la indignacion que talvez provoque en los ciudadanos el exceso del mal.

Una reforma de esta especie seria probablemente llevada a cabo por medio de la violencia.

Semejante acontecimiento es siempre mui doloroso en todas las naciones; pero sobre todo en las repúblicas hispano-americanas.

Las sociedades modernas, en las cuales los intereses de la industria i del comercio han alcanzado un merecido predominio, experimentan una lejitima antipatía contra todo lo que puede conducir al desórden.

Es conveniente alimentar esta repugnancia en los pueblos hispano-americanos, a los cuales frecuentes e injustificadas disensiones intestinas han causado los mayores daños, impidiéndoles prosperar en el interior, i desacreditándolos en el exterior.

Los amigos del progreso político deben poner el mayor cuidado en no ocasionar justas alarmas a la industria i al comercio.

Por lo tanto, están forzados a buscar la reforma por el convencimiento, i no por la violencia.

Esta necesidad de la situacion en que nos encontramos debe hacerles apartar en cuanto puedan el apoyo que podria prestales la indignacion causada por el exceso del mal.

No hai nada, pues, que autorice a embarazar la adopcion de una mejora parcial, cuando otra mas radical o comprensiva esté sujeta a dificultades o a simples aplazamientos.

La aceptacion de algo provechoso no quita a nadie el derecho de seguir pidiendo mas, si así lo haya por conveniente; i asegura un beneficio, aunque sea incompleto.

Voi a aclarar todavía mas, con ejemplos prácticos tomados

de nuestra historia parlamentaria, este pensamiento cuyo exámen considero útil i oportuno en las actuales circunstancias.

El 14 de diciembre de 1855, se promulgó el *Código Civil*.

Era éste un monumento de sabiduría legislativa, que introducía reformas importantísimas, i que hacia honor a Chile.

Sin embargo, estaba mui distante de ser una obra perfecta que no dejara nada que desear.

Quiero llamar la atención sobre una sola cuestion que tiene un alto interes social.

El *Código Civil* coloca el matrimonio entre los contratos, i lo reglamenta.

Lejislá, entre otras cosas, sobre impedimentos i permiso de ascendientes i curadores.

Declara que no reconoce para los efectos civiles el matrimonio entre personas que fueren afines en cualquier grado de la línea recta, aunque el impedimento haya sido dispensado por autoridad eclesiástica.

Reconoce el matrimonio civil, celebrado por extranjeros en país extranjero.

A pesar de todo, retrocede ante separar para los chilenos católicos el contrato i el sacramento.

Hai mas todavía.

Segun él, los que profesen una religion diferente de la católica i que quieran contraer matrimonio en territorio chileno deben sujetarse, no solo a las leyes civiles, sino tambien a las canónicas, i declarar, ante el competente sacerdote católico i dos testigos, que se reconocen el uno al otro como marido i mujer, sin estar obligados a ningun otro rito.

El matrimonio celebrado en país extranjero por extranjeros no católicos no puede disolverse en Chile sino ante la autoridad eclesiástica.

El *Código Civil* obliga a los no católicos a contraer o disolver el matrimonio ante la autoridad eclesiástica del país, esto es, ante una autoridad que no puede serles simpática.

Seria inoportuno entrar a esponer en esta ocasion todos los inconvenientes que trae un sistema semejante.

Sin embargo, no puedo ménos de hacer notar que el procedimiento es hasta indecoroso para el sacerdote i para los contrayentes.

Ahora bien, me parece que nadie sostendrá que en 1855 debió suspenderse la promulgacion del *Código Civil* hasta corregir sus disposiciones defectuosas o incompletas respecto al matrimonio.

Lo que entónces se hizo fué lo que debió hacerse, lo que debe hacerse en todos los casos análogos.

Se promulgó el *Código Civil* para que los chilenos se aprovecharan cuanto ántes de sus sábios preceptos, pero esto no importaba privar a ningun lejislador de su derecho de iniciativa para

proponer que en el matrimonio se separaran el contrato i el sacramento.

No nos apartemos todavía de esta cuestion del matrimonio, que el *Código Civil* ha estado mui léjos de resolver satisfactoriamente.

Pudiera suceder que se ofrecieran dificultades demasiado graves, o resistencias demasiado tenaces para establecer como regla jeneral el matrimonio civil.

En tal hipótesis, seria poco sensato que no se coadyuvara a la secularizacion del matrimonio a lo ménos para los que no quisieran someterse al matrimonio eclesiástico.

Son muchos los católicos a quienes desagrada que la lei separe en el matrimonio el contrato i el sacramento.

Las razones que alegan para ello son a mi juicio infundadas; pero esta no es la cuestion.

Lo que urge mucho es que no se dificulte a los individuos por motivo de creencias relijiosas el formar una familia legal.

En consecuencia, si hai oposicion mui fuerte contra la institucion del matrimonio civil para los católicos, procúrese siquiera que sea establecido para los no católicos, o mejor, para los que no quierán someterse al matrimonio eclesiástico.

La aceptacion de una reforma tan indispensable no privaria a los que desearan otra mas radical del derecho que tienen para seguir trabajando por el triunfo de sus ideas.

Mientras tanto, se habria llenado una necesidad mui sentida, sin que nadie tuviese un motivo medianamente lejítimo para alarmarse.

Dos señores diputados sometieron en 1868 a la consideracion del Congreso un proyecto de lei de elecciones que comprendia toda esta materia.

Hubo algúien que tomó grande empeño para que todo ese proyecto, o siquiera la parte mas urgente, fuese convertido oportunamente en lei.

Al efecto, se convocó el Congreso a sesiones extraordinarias para el 15 de marzo de 1869.

I no solo se convocó el Congreso a sesiones extraordinarias, sino que superándose muchos inconvenientes, se logró que la Cámara de diputados tuviera sesiones desde el 6 de abril.

Gracias a esto, el 5 de junio de 1869, estuvo terminada la discusion de toda la parte del proyecto, relativa a la formacion de los registros, que era la mas interesante i urgente.

Hubo entónces algúien que hizo indicacion para que los artículos ya aprobados se tramitaran como una lei independiente, mientras se continuaba la discusion de los artículos restantes.

La Cámara aceptó la indicacion.

Sin esto no habria habido nueva lei de registros, porque el resto del proyecto ha corrido la misma suerte que tantos otros; i sin esto

no habria sido elegido el Congreso actual, en que los diversos partidos políticos han tenido a un mismo tiempo la mayor representacion que jamas ántes habian tenido en las Cámaras; porque indudablemente la lei de registros de 1869 contribuyó, con otras causas que no es del caso mencionar, a la consecucion de tan provechoso resultado.

Por muchos años estuvo pendiente la discusion de un proyecto referente a la reglamentacion de la corta de bosques.

Ese proyecto comprendia dos cuestiones principales.

La primera consistia en la suspension del derecho que la lei española concedia a los mineros i fundidores para denunciar los bosques en provecho de su industria.

La segunda tenia por objeto el determinar, en el supuesto de que la primera se resolviese afirmativamente, qué término debia otorgarse al goce de los denuncios ya consumados.

Las opiniones por lo jeneral estaban acordes sobre el primer punto; discordes sobre el segundo.

La Cámara de diputados, que llegó a una resolucion sobre ambos puntos despues de una larguísima discusion, tuvo la feliz ocurrencia de consignar en leyes separadas sus decisiones acerca de las dos cuestiones mencionadas.

Merced a este procedimiento, en lo sucesivo los mineros no podrán denunciar los escasísimos bosques que el beneficio de los metales ha dejado en Chile.

Si las dos materias hubieran seguido tratadas en el mismo proyecto, como se habia pensado hacerlo al principio, hasta ahora no estaria resuelta ni una ni otra, porque el Senado hasta la fecha no ha tenido a bien ocuparse de la segunda de dichas cuestiones.

El Senado i la Cámara de diputados, al deliberar últimamente sobre la reforma constitucional, consideraron aisladamente los artículos que se refieren a la duracion de las funciones del presidente de la República i a su reeleccion.

Gracias a este acertado procedimiento, está ya realizada una reforma fundamental, llamada a ejercer grande i benéfica influencia.

Sin esto, esa reforma estaria corriendo la suerte de las otras reformas constitucionales.

¿Cuándo se tomará una resolucion acerca de ellas?

Yo no lo puedo calcular.

¿Lo podria álguien?

Me pareceria mui prudente que se adoptara con ellas el mismo método que se siguió con la ántes espresada.

Todas aquellas materias que no tengan entre sí una conexion demasiado estrecha deberian aislarse, i ser consignadas en leyes distintas.

De este modo, el país podria ir aprovechándose de algunas re-

formas constitucionales, si no fuera posible que se aprovechara de todas las que se hallan en tabla.

He manifestado con cuatro ejemplos notables las ventajas que se han obtenido de haber llevado a cabo mejoras parciales, cuando habria sido mui difícil o moroso efectuar reformas mas completas.

Voi ahora a citar dos casos igualmente notables en que el bien público ha sido perjudicado por haberse procedido de otro modo.

En 1867 se sometió a la aprobacion del Senado un proyecto de *Código Militar*, que bajo todos aspectos era incomparablemente superior al vijente.

Entre otras innovaciones ventajosas, contenia la abolicion del fuero i la reglamentacion de los ascensos.

Sin embargo, ese proyecto conservaba mas o ménos tal como existe al presente lo que se denomina el estado de asamblea.

Entre otros motivos de ménos gravedad, éste, a lo que entiendo, ha sido el principal para que el Senado haya retardado hasta ahora el despacho del asunto referido.

¿Cuál ha sido la consecuencia de tal procedimiento?

Que las disposiciones relativas al estado de asamblea no han sido modificadas.

¿I cuál otra?

Que los ascensos no han sido reglamentados, i el fuero militar no ha sido abolido.

¿Cuánto mejor habria sido que se hubiera promulgado el proyecto de código a pesar de sus disposiciones defectuosas respecto del estado de asamblea!

Así estaria ya sujeto a reglas lo tocante a ascensos, i se habria cumplido por lo que respecta a los militares con el precepto constitucional de la igualdad ante la lei.

I todo esto no habria estorbado que se siguiera estudiando o deliberando acerca de la reforma del estado de asamblea, i de los puntos que se tuviera a bien.

En la sesion celebrada por la Cámara de diputados el 17 de junio de 1869, hubo álguien que hizo indicacion para que sin largas discusiones se adoptara uno de dos proyectos de lei de imprenta que estaban pendientes, salvo el derecho de los que quisieran todavía algo mejor para proponerlo al Congreso, sin perjuicio, se entiende, de que la nueva lei comenzara a rejir.

Cualquiera de estos proyectos era incomparablemente preferible a la lei que está rijiendo desde 1846.

La cuestion se simplificó todavía mas.

El autor de uno de estos proyectos convino en que el otro era superior.

¿Por qué entónces no se aceptó?

El proyecto a que me refiero estaba mui léjos de ser perfecto. Sus autores mismos, de propósito deliberado, habian dejado en él ciertas disposiciones que habrian deseado poder suprimir,

pero que habian consignado porque habian pensado que, atendido el estado de la opinion, la falta de esas disposiciones iba a dificultar la adopcion de la reforma.

Sin embargo, el proyecto era sumamente liberal.

Derogaba todas las trabas que al presente embarazan el establecimiento de las imprentas i la fundacion de diarios o periódicos.

Reducia casi a la última espresion el número de los delitos de imprenta.

Minoraba las penas.

Aseguraba al jurado la mayor independendencia.

En una palabra, habria sido la lei de imprenta mas liberal que jamas hubiera sido promulgada en país alguno.

Sin embargo, se rechazó el procedimiento espedito que se proponia, i hasta ahora no se ha hecho nada.

La lei de 1846 ha quedado vijente.

Por intentar hacer algo que fuese todavía mejor que lo bueno ya formulado, se dejó subsistir una lei que todos convenian era pésima.

Esta es la táctica que nuestras Cámaras suelen seguir, i esta es aquella de que deberian apartarse.

Talvez se diga que todas las ideas que acabo de esponer son mui vulgares.

I se tendria mucha razon para decirlo.

Efectivamente, la indicacion desenvuelta en este artículo no es mas que el consejo del mas craso buen sentido.

¡Nada mas cierto!

Lo que debe estrañar es, no que haya álguien a quien se le ocurra recomendar un procedimiento tan sencillo i tan obvio, sino que nuestros lejisladores practiquen por lo jeneral otro enteramente contrario.

Esta es una de las causas de que se hable mucho sobre reformas, i de que solo se lleven a cabo mui pocas.

El método en las discusiones parlamentarias, como en todos los asuntos de la vida, es la fuerza mas poderosa para obrar.

Nuestros lejisladores, a mi juicio, deberian, no dividir la atencion entre muchas cuestiones, sino concentrarla en una sola, que no deberian abandonar hasta haberla resuelto.

Entonces podrian pasar a otra.

Deberian ademas fijarse en lo mas sustancial, i prescindir de detalles.

Es preciso no olvidar que la revision simultánea i minuciosa de muchas leyes es el arbitrio mas eficaz que podria inventarse para sostenerlas todas por largo tiempo sin variarles una tilde.

Esto equivaldria a encomendar a nuestros nietos el cuidado de la reforma.

He conecido a un ultra-conservador, el cual no toleraba que se mudara una coma en la constitucion de 1833.

No le gustaba, segun decia, ni siquiera que se cambiara en la portada el título de la *Imprenta de la Opinion*, donde nuestra lei fundamental vió la luz primera.

Cuando el Congreso declaró que muchos de sus artículos necesitaban reforma, la persona de quien hablo comenzó a encontrar mui deficiente la reforma acordada. La constitucion, segun él, debia variarse desde la cruz hasta la fecha.

No tardé en comprender el motivo de un cambio de opinion, que a primera vista podia parecer tan inesplicable.

El ultra-conservador habia descubierto el mejor arbitrio para que la reforma constitucional no se realizara en cincuenta años.

Hace algun tiempo, he tenido en mis manos un antiguo libro español en una de cuyas láminas estaba pintado el ejército de Sertorio, formado en batalla. Delante de las filas aparecia un brioso caballo al cual un robusto soldado hacia violentos, pero vanos esfuerzos para arrancar a un tiempo todas las crines de la cola. El testo, completando la leccion dibujada en la lámina, advertia que cuando se hizo patente la impotencia para arrancar de un solo golpe la cola al caballo, el jeneral mandó que un individuo cualquiera fuese sacando las crines de una en una, operacion que se ejecutó en poco tiempo i con la mayor facilidad.

El emblema precedente tiene una aplicacion oportuna a la política.

Seria digno de entusiasta i sincero aplauso el Congreso que fuese capaz de corregir todas juntas las malas instituciones; pero como esto puede reputarse poco ménos que imposible, seria deseable que se dedicase a irlas mejorando una por una.

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI.

CUBA I PUERTO RICO.

Al otro lado de la Cordillera hai un Océano, el Atlántico. Navegando de Sur a Norte, ciñéndose siempre a la costa oriental de Sud-América, se puede ver el litoral de la República Arjentina, del Uruguay, del Brasil, de las tres Guayanas, i llegar hasta la embocadura del magnífico Orinoco. Si entonces se navega hácia el Nord-este, a poco navegar se encontrará una isla verde reposando en las ondas de un mar verde. La isla es Trinidad,

una de las pequeñas antillas; el mar, el Mediterráneo del Nuevo Mundo, consagrado como el Mediterráneo del antiguo, a ser camina ondulante de todas las ideas, de todos los progresos de la nueva humanidad.

En ese mar de las Antillas, mar Caribe o de Colon, cuyo nombre se asocia al momento mas glorioso de la historia moderna, brindan con sus paraísos, ofrecen las guirnalda de sus bosques, los ramilletes de sus valles, los encantos de sus perspectivas, los deleites de sus climas, dos grupos de islas que en los dias venideros de la historia serán la Grecia del nuevo continente.

Uno de esos grupos, el menor por la dimension de sus islas, i el mayor por su número, empieza en Trinidad, comprende las Antillas inglesas, francesas i danesas, i, formando un semi-círculo, liga en un abrazo fraternal a Venezuela, cabeza del continente meridional, con Puerto Rico, Haití, Santo Domingo, Jamaica i Cuba, corazon de todo el continente.

En donde acaban las pequeñas, empiezan las grandes Antillas. Son cuatro, escalonadas de menor a mayor, i colocadas verticalmente, de Este a Oeste, al istmo americano.

La mas oriental es Puerto Rico, como la han llamado los ávidos españoles; Boinqueu, como la llamaban los indíjenas i nos complacemos en llamarla los criollos. La mas occidental es Cuba: entre una i otra, la victoriosa Haití—Santo Domingo: en frente de ésta, al Sud, Jamaica. Al pié de todas esas islas, el orífano mar que las sahiera: arriba, el sol febricitante de los trópicos; embelleciéndolas, la vejetacion mas galana i suntuosa; cobijándolas, el cielo mas limpio, mas puro i mas amable; purificándolas, el ambiente mas embalsamado, la brisa que da mayor embriaguez i mas deleite pueden los pulmones aspirar.

Reinas de todas ellas, Cuba i Puerto Rico. Paraiso de la naturaleza, no debió consentir la ingrata madre que España lo convirtiera en un infierno.

Lo ha consentido i lo consiente. Cuba i Puerto Rico son esclavos, i mientras las dos islas mejor situadas, mas pobladas, mas instruidas, están en poder de España, estarán esclavizadas; i, mientras no sean dueñas de si mismas, serán un paraiso inhabitable.

Hasta el 10 de octubre de 1868, Cuba era bella, era rica, era poderosa para los españoles: los cubanos eran extranjeros en su patria.—Desde el 10 de octubre de 1868, dia que inician una era nueva para América, Cuba es pobre; pero es digna, es heroína, es mártir, i ya pueden los cubanos vivir en ella, morir contentos por ella.

No pueden todavía los puerto-riqueños gozar del infinito deleite de fijar la planta en la tierra nativa, exclamando: Patria mia! i solo pueden habitarla con tiranos. Hábitenla ellos solos. De allí, como de Cuba, han de salir.

Para arrojarlos han nacido las jeneraciones actuales de las islas. Sin ese fin por realizar, sin una probabilidad de realizarlo, ¿para qué habríamos venido nosotros a la vida?

I.

CUBA.

Cuba, la mas occidental de las Antillas, es tambien la mayor i la mas rica. Tiene, segun Humboldt, 3,615 leguas marítimas cuadradas de superficie, 700 de costa, mas de trescientas de longitud, 45 con su mayor anchura. Su elegantísimo contorno, en el cual se presienten las formas amplias, dilatadas, expansivas de un continente; en cuyas sinuosidades se percibe instintivamente el porvenir comercial de la gran isla; en cuyas numerosas, espaciosas i magníficas ensenadas i bahias (Nipe, Habana, Mariel, Cienfuegos, Guantánamo) confirmaria Ritter, el jeógrafo filósofo, su teoria del paralelismo del progreso i de las costas abundantes en entradas i salidas; su elegantísimo contorno basta para justificar la candorosa admiracion de su descubridor (1). "La mas hermosa tierra que jamas ojos vieron!"

La adornó el jénio del bien; la pobló el jénio del mal: la descubrió la abnegacion científica; la conquistó el interés avaro. Pero si hai en la vida de la humanidad una fatalidad perfectamente determinada, es la del bien; i los españoles, que han hecho en Cuba todos los males, los que proceden del horror, los que nacen de la pasion desenfrenada, los que jeneran una voluntad mal dirigida; no han podido hacer el unico mal que hubiera condenado a Cuba al horror eterno de ser españoles! *no han podido hacer hijos españoles.* Se mezclaron en las indias, i salieron cubanos; con las negras, i salieron cubanos; con las mulatas, i salieron cubanos; con extranjeras, i nacieron cubanos; con españolas, i hasta la española procreó cubanos. Los educaron en el amor de España, en el odio a Cuba; i fueron cubanos en su amor a Cuba oprimida, en su odio acerbo a la opresora España. Les instruyeron el fanatismo del Dios español, del rei español, de la grandeza española, i fueron cubanos en su fanatismo contra todos los fanatismos españoles. Los mandaron a España a olvidar a Cuba, i volvieron a Cuba maldiciendo a España. Al estallar la revolucion, todos los jóvenes cubanos que pudieron, salieron de España, en donde habian pasado toda su vida activa,

(1) Colon, en su primer viaje, 1493, despues de descubrir a San Salvador i a Long-Island.

para combatir contra España en Cuba, donde solo habian vivido la vida inconsciente de la primera edad. En la última atrocidad de los españoles, cuando, hace poco, sacrificaron ocho adolescentes a su infame odio, el mas cubano de esos adolescentes, es decir, el mas heróico en la muerte, era hijo de un español. Son repulsiones invencibles de la naturaleza; es la sacrosanta abominacion de la injusticia; es la divina indignacion del bien. No habria bien, no habria justicia, no habria naturaleza, si el hijo de una patria siglo tras siglo escarnecida, en vez de ser su hijo, lo fuera del padre casual que le dió el infortunio de su patria,

Así, en el desesperado empeño de los españoles por hacer espanoles a sus hijos, en la obstinacion de los hijos por redimir, siendo cubanos, la culpa de haber nacido de españoles, se formó una poblacion de cubanos,—blancos, negros, mulatos i mestizos,—que llegó a ser de 1.600,000 almas. No cuento a los 100,000 españoles, que en el momento de la revolucion habia en la Isla, porque quiero excluirlos de la cuenta, como Cuba los excluia de su vida.

Ese millon i medio de cubanos era oprimido por los cien mil españoles que representaban a España en Cuba.

Mendizabal, un liberal español que tiene estatua, dijo, siendo ministro de hacienda: "No hai que hacerse ilusiones, Cuba i Puerto Rico no son para España otra cosa que cuestiones de dinero." Seifes Lozano, otro ministro (ese no tiene estatua) dijo en pleno congreso que las Antillas eran los cortijos de España: los empleados españoles decian, para explicar sus fraudes, que "no habian ido a tomar aire a las Antillas," i asi como el gobierno español favorecia la esclavitud, dificultaba el comercio, abrumaba a los contribuyentes de la isla i trataba de enbrutecer a los cubanos para conservar intactos los cinco millones de pesos que Cuba le producía todos los años, asi cada español que iba a la isla (empleado, agricultor, industrial, juez o soldado), se creia con derecho, i estaba autorizado por la costumbre, para enriquecerse, cualesquiera que fueran los medios, con tal que ninguno de ellos fuera bueno: los españoles mas ricos eran los que mas daños hacian a Cuba: los negreros. Era español pobre, condenado al desprecio de los suyos, todo el que, trabajando honradamente, se ponia en íntimo contacto con los cubanos i era querido de ellos i devolvía el afecto que inspiraba. De esos españoles ha habido ejemplos durante la tirania de la colonia i hai imitadores venerables en la revolucion de independendencia. Pero no son muchos: siempre ha sido reducido el número de los escogidos. Era tan rica la isla i tan despreciado el que no queria enriquecerse sacrificando su dignidad i su conciencia.

La riqueza de Cuba es un proverbio que sabe de memoria todo el mundo, pero era tambien una maldicion. Como el desdichado

Perú en tiempo del coloniaje continental, Cuba era la hija mimada del despotismo español. Todo estaba calculado para hacerla producir la mayor suma de riqueza, con la menor cantidad de libertad.

Además de las aduanas i otras varias contribuciones, cuyo producto extraordinario no recuerdo, un decreto de febrero de 1867 aumentó en casi 16 millones de pesos el impuesto de la isla. La historia de este decreto basta para explicar cómo puede un bien, como el que constituyen las riquezas espontáneas de un suelo, convertirse en la maldición de ese suelo. Habia un ministro de Ultramar, Canovas del Castillo, decidido a legalizar la tiranía social, política i económica de las Antillas; i aparentando ceder a los clamores de las islas, convocó a una junta de comisionados antillanos que debian bajo la presidencia del ministro ir a Madrid i deliberar sobre determinados puntos de un interrogatorio que debia someterles el ministro. Habiendo caído el ministerio o'Donnelista, le sucedió otro ministerio narvaista con Alejandro Castro como ministro de Ultramar. Ya convocados los comisionados de Cuba i Puerto-Rico, no pudo el nuevo ministerio dejar de cumplir el decreto de convocatoria; i los comisionados de las dos islas se presentaron en Madrid despues de innumerables peripecias, que probaban la precoz mala fé del gobierno español. Sometió éste su interrogatorio a los comisionados. Estos, en la parte política, demostraron la necesidad de un gobierno autonómico; en la parte social, la necesidad de abolir la esclavitud (1); en la parte económica, la libertad de industria i de comercio i la sustitucion de todas las innumerables contribuciones directas e indirectas de las islas, por una sola contribucion directa sobre la renta líquida. Queriendo el gobierno español aumentar el producto de las contribuciones insulares, aparentó ceder a la demanda de los comisionados; i dejando intactas las aduanas i algunas contribuciones mas gravosas, suprimió algunas de las menos productivas, sustituyéndolas con un impuesto directo de 10 por ciento sobre la renta líquida. Es decir, aumentó las contribuciones en casi 16 millones; i para esquivar la responsabilidad de la reforma abrumadora, hizo entender que accedia al deseo de los comisionados.

Vejada, engañada, escarnecida, corrompida, Cuba no dormia. Cien veces abrumada por el mal éxito, otras cien intentaba levantarse contra sus opresores. Desde José de la Luz, el socrático educador de la juventud cubana, hasta Betancourt, el perpétuo

(1) En Valparaiso, hasta donde llegó buscando amigos para la revolucion de las Antillas, duerme el sueño eterno el comisionado puerto-riqueño (RUÍZ-BELVIS) que tuvo la gloria i la fortuna de formular esa aspiracion de las Antillas. Aquí, donde sabemos cuantos médicos asisten a cualquier enfermo europeo, no se sabe que aquí murió aquel mártir. Solo el jeneroso Matta ha hablado de él.

predicador de la rebelion; desde Heredia, el profeta de los esclavos blancos, hasta Plácido el mártir de los esclavos negros; desde Agüero hasta Estrampes; desde Lopez, el venezolano, hasta Pintó, el español, ningun espíritu jeneroso producía o alentaba Cuba, que no se consagrara a predicar por la ciencia, la poesia, las armas, el destierro o el suplicio, la emancipacion de la isla infortunada.

En 1835, un alzamiento; en 1848 una conjuración jeneral; en 1851, dos expediciones de libertadores; en 1854, una conspiración formidable: Agüero, Plácido, Estrampes, Narciso Lopez, Pintó, son las personificaciones inmortales de ese martirolojio sacrosanto. Discípulos de esos maestros, todos los cubanos, blancos, negros, niños, jóvenes, madres, esposas, hermanas, hijas. La mujer cubana, hoy heroína en los campos de la revolucion, mártir resignada en la desolada soledad de la emigración, ha sido siempre el espíritu vital de la redención de Cuba. Talvez no lo sepan sus hermanas de Sud-América, cuando con tan glacial indiferencia ven el martirio de Cuba, i sabiendo que hai cubanas, ni piensan que estarán haciendo lo que ellas hacian, lo que sus madres hicieron en la revolucion de la independencia sud-americana.

Cuando yo, despues de una esperiencia de tres años consagrados en España, en Norte i Sud-América a buscar i no hallar amigos decididos para la causa de las Antillas, considero tranquilamente en mi espíritu las apostasías de principio consumadas por los revolucionarios españoles en la cuestion de Cuba; el desamparo en que han dejado a su noble isla sus maestros del Norte, la indiferencia con que la miran sus hermanos de Sud-América, me espanta la impopularidad de la justicia en este mundo; i cuando mas imparcialmente examino los móviles de la conducta de los republicanos españoles, norte i sud-americanos, i cuanto mas disculpo a los últimos i mas me apiado de la ceguedad de los primeros, mas me lastima la incompatibilidad que los errores del egoismo establecen entre la justicia de una causa en una parte, i el triunfo de la misma causa en otra parte.

Cansada ya de sufrir i preparados todos los elementos morales de su revolucion, Cuba se alzó contra la tiranía española: nunca, ni aun en los gloriosos dias de la independencia sud-americana, se habia pedido a las armas la sancion de un derecho mas lejítimo, el reconocimiento de una justicia mas patente: Cuba se levantaba para ser digna, i en nombre de los principios que acababan de invocar los revolucionarios españoles, que habian traído los americanos del norte al derecho constitucional, que los americanos del sur habian obedecido en su jenerosa lucha de independencia i en la constitucion de su nacionalidad.

Los republicanos españoles me decian: "Entre Cuba i nosotros está vuestro patriotismo." Castelar, que mil veces me habia prometido en la emigración de Paris, estar al lado nuestro, que llegó hasta aceptar la base de un discurso en que, para decidirlo,

tomé la revolucion de Cuba como Isócrates i el mismo Castelar consideran los hechos humanos, a la manera de tésis que el arte de la palabra desarrolla, Castelar hizo mas que sus compañeros de republicanismo: para cohonestar su innoble conducta, forjó una teoría más indigna: dijo que la revolucion de Cuba era un obstáculo al triunfo de la república en España.

Los republicanos de Norte-América supeditaron a los intereses interiores de partido el deber que les imponia la revolucion cubana.

Los republicanos de Sud-América han pasado del entusiasmo de los primeros dias a los dias de la duda.

Ha sido tan enorme el alarde de fuerza hecho por España contra Cuba, que hasta para los habituados a vencer a España es dudoso que pueda Cuba victorear su independendencia.

A pesar de la duda de los unos i del egoismo de los otros, Cuba podrá. Desde el primer grito de independendencia en Jara hasta el momento actual, España ha mandado los soldados disciplinados a Cuba; tenia los voluntarios españoles en la isla; tiene una escuadra de alto bordo i una escuadrilla de 30 cañoneras que eonstituyen una de las armadas mas formidables que ha tenido España; ha gastado millones, desacreditado algunos de sus mas célebres jenerales, inutilizado en el ministerio de Ultramar a algunos de los políticos que mas esperanzas daban, acreditado de falaz su diplomacia, desconceptuado por bárbaro a su gobierno, i no ha podido conseguir que rindan armas los 30 mil cubanos que han podido armarse lentamente, con armas incompletas, a pesar de la vijilancia de la costa, a pesar de la casi complicidad del gobierno norte-americano con el español, a pesar del abandono en que los gobiernos latino-americanos han dejado a Cuba.

España, mas poderosa que lo ha sido despues de Felipe II, haciendo esfuerzos que no habia hecho para dominar la revolucion de sus colonias continentales, contando en el obsequioso silencio de todos los gobiernos civilizados, que la han dejado hacer impunemente atrocidades que en la historia erizarán el alma de las jeneraciones venideras contra los capaces de hacerlas, como España, i los capaces de consentirlas, como el mundo entero; España poderosa, irresponsable, impune, no ha podido dominar a Cuba, desamparada, casi inerme, sin mas defensores que sus hijos, sin mas auxiliares espontáneos que unos cuantos porto-riqueños, que pronto harán falta en los campamentos de su patria, i unos cuantes dominicanos, venezolanos i neo-gradinos que conservan todavía el culto grandioso de la patria americana.

Para mí, que creo en la independendencia pronta de Cuba como creo en las verdades matemáticas, esa simple oposicion de un poder impotente a una impotencia poderosa, basta. Yo sé que ya han pasado para siempre los tristes dias últimos del año 69 en que, no yo (creyente impasible) pero casi todos los emigrados cubanos i porto-riqueños llegaron a temblar en Nueva York por la

causa de la revolucion. Yo sé que cuando una revolucion colonial ha pasado del período de frenesí al de resolucion inquebrantable, no hai fuerza ni poder que triunfe de ella. Yo sé que Cuba está en ese período; que hai una verdadera Cuba, con poblacion, instituciones, actividad i vida propias, dentro de la Cuba encadenada por los españoles, i no me ocupo del triunfo de la revolucion, que sé es seguro, como no me ocupo del movimiento de la tierra, que sé es necesario. Quisiera, i nada mas, que los pueblos de Sud-América tuvieran mas memoria i recordaran lo que hicieron para que comprendan lo que hace Cuba, i no duden. Yo no tengo ni el deseo de que auxilién a Cuba i Puerto-Rico: pienso que toda grande idea triunfa mas sólidamente cuanto mas solitariamente ha luchado por triunfar, i celebro que así empiece a triunfar Cuba, i espero que así haremos triunfar a Puerto-Rico.

Quando haya hablado de esta última isla, talvez me decida a hacer la historia de la revolucion cubana; de ella a lo que de ella se piensa, hai el abismo del error. Quando no por otro motivo, por servir a la verdad hablaré.

Así, distrayéndose de todo interés, aunque sea el jeneroso que me impone el patriotismo, para abstraerse en la verdad, serán útiles los escritos que consagre a hacer amable la justicia en la REVISTA DE SANTIAGO.

EUJENIO MARIA HÓSTOS.

MIRADAS RETROSPECTIVAS.

La historia de hoi es la de ayer como la de ayer es la historia de mañana. Nuestra vida se ajita con la regularidad monótona del péndulo. No tenemos ninguno de esos sacudimientos enérgicos i convulsivos que remueven el organismo de otros pueblos. En la sociedad de las naciones representamos el papel que hace el indolente en la sociedad de los individuos. No sentimos los ímpetus del mal ni experimentamos los arranques del bien. Somos una especie de término medio entre el movimiento i el reposo, entre las sombras i la luz, entre el egoismo i la indiferencia. A esto es a lo que algunos han querido dar el nombre de cordu-

ra o sensatez. Desgraciadamente, no es la primera ocasion en que el vicio se engalana con el nombre de la virtud.

Chile es un vasto mar de azogue en que los individuos marchan con cierta fatigosa pesadez sin sumerjirse pero tambien sin elevarse. El ruido, el entusiasmo i el escándalo son convencionales. De vez en cuando hai tempestades; pero las tempêtes se disipan, i despues ni queda mas despejada esta atmósfera de plomo ni se descubren náufragos ni cascotes de navío en esta superficie impenetrable. ¡Desde hace tiempo le falta a nuestra política hasta la poesía de los mártires!

Entramos a los primeros dias de mayo; apénas nos separan unos pocos meses de la época en que se renovaron los poderes públicos i unas cuantas horas del momento en que deben abrirse las sesiones del Congreso Nacional. En cualquiera otro país del mundo, por lo ménos quedaria el polvo de los combates de ayer i se aprestarian las fuerzas para la lucha de mañana. Entre nosotros se ha desvanecido ya el recuerdo de un pasado que todavía es el presente, i a nadie preocupa este presente que lleva entre sus pliegues envuelto el porvenir. Viviendo bajo un réjimen que tiene descontentos numerosos i a cuya sombra deben resolverse problemas importantes, apénas se oye hablar a las perdidas de silenciosos conciliábulos que tienden a producir un acuerdo transitorio entre los diversos matices de la opinion. Sin embargo, lo que se halla en tela de juicio es la constitucion del Estado, el derecho electoral, la abolicion de los privilejios eclesiásticos, la organizacion de la enseñanza, la secularizacion de los cementerios, toda una multitud en fin de gravísimas incógnitas que afectan profundamente los intereses del país.

Pero es que con el 25 de junio pasó la tempestad. Hasta entónces parecia que iba a transformarse nuestro modo de ser social, que el público iba a revestirse de una enerjía inquebrantable i que la lucha debia ser eterna. Cámaras, prensa, tribuna popular, todo se mantuvo en una ajitacion febril dando un pábulo incesante al horno de las pasiones. Mas de una vez el poder pronunció medroso la palabra ¡revolucion! i mas de un cándido creyó ver en el humo de cigarro que oscurecia la atmósfera del meeting el humo de la pólvora que debia estallar bajo los cimientos de la Moneda. De la pluma del periodista i de los lábios del orador partian torrentes de lava que inflamaban el cerebro del país mientras las bolsas se abrian dejando escapar torrentes de oro que iban a corromper la conciencia de la multitud. Pero llegó el 25 de junio, i las nubes se desvanecieron, i las voces se apagaron, i todos se hicieron a un lado respetuosos para dar paso al carro del vencedor. A una víspera de desesperacion sucedió un dia de esperanza; i si los creyentes no fueron a sacrificar en el altar del ídolo de hoy, por lo ménos no lo declararon una deidad incorrejible ni lo juzgaron indigno de una prudente adoracion.

Ello escandalizaba un poco a los espíritus jóvenes i como jóvenes, inespertos; pero luego se dijo que ese era el modo de hacer política en los pueblos republicanos, que los yankees se despedazan en torno de la mesa electoral i que una vez proclamado el escrutinio se pone punto final a la contienda. Nosotros, que somos los yankees del Pacífico, debíamos imitar a los yankees del Atlántico, mostrarnos mas satisfechos que resignados i tener una fé ciega en las vueltas caprichosas de la rueda de la fortuna.

Si esto fué un progreso, lo ignoramos. Sobre todo, no podemos considerarlo como tal. Los hombres de honor no riñen mas que una vez. Despues suele venir el perdon, pero el olvido es imposible. Combatir hoy para fraternizar mañana, enlodar ahora una reputacion para darse despues el gusto de bruñirla, predicar hoy la estremidad para aconsejar mañana la moderacion, esclamar hoy ¡imposible! para responder mañana ¡aceptable!, hoy la guerra a muerte i mañana la paz sin condiciones,—todo esto puede ser mui sábio i mui político, pero es hacer como las verduleras en la plaza del mercado. ¡Los yankees! Pero no nos justifiquemos con el ejemplo de los yankees. Si la virtud tiene padrinos, al vicio no le faltan; i luego, aparte de que los yankees nunca han sido un modelo de delicadeza i de buen tono, hai mucho de inexacto en esta leyenda ultra-evanjélica de los carinos despues de los rencores. Por mas que uno trate de engañarse, cuando se comparan el pesimismo desesperado i los violentos ataques de ayer con el optimismo inalterable i la suavidad aterciopelada de las advertencias de hoy, es imposible dejar de descubrir o una estraña lijereza o una mal encubierta apostasia.

De aquí una situacion esclusivamente espectante. El presidente de la República gobierna en medio de una paz octaviana. Los unos lo acarician: los otros querrian acariciarlo. Entre los príncipes cristianos reinan la paz i la concordia. Se le han separado algunos hombres, pero han tenido la precaucion de colocarse a una distancia conveniente para acudir con prontitud a la primera señal. Los demas, los antiguos adversarios, están léjos todavía; pero al oír cómo tosen de vez en cuando para que no se les deje en el olvido, se comprende que no divisan de por medio ningun obstáculo insuperable. Desgraciadamente el presupuesto i el poder continúan como siempre teniendo a muchos en la antesala i a mui pocos en su gabinete de confianza.

Se ha retirado un ministro, i otro ministro lo ha reemplazado. El país no se ha conmovido ni por la ausencia del primero ni por la presencia del segundo. Desde hace tiempo los ministros del despacho han perdido la propiedad de dejar a sus espaldas una huella luminosa. Los hombres, como las estátuas, suelen verse mui pequeños cuando es mui elevado el pedestal en que se colocan. Cualesquiera que sean los encargados de dirijirla, la hacienda pública se conforma siempre que no hagan mas

considerable el peso de su deuda. Nada hai entónces que estrañar si el relevo de los serenos nos interesa tanto como el cambio de los ministros.

Si no fuera un mal endémico de nuestro país, esta indiferencia tendria su esplicacion. Los cobres han salido de su antiguo abatimiento, los trigos tienen en expectativa mercados ventajosos, i Caracoles ha despertado ávidos deseos i magníficas esperanzas. La voluntad de hacer fortuna con rapidez ha llegado a ser universal. No se concibe la formacion de un capital mediante la vieja acumulacion de peso sobre peso. La paciencia del gusano parece intolerable. Las fortunas quieren tejerse con la prisa de la araña: no importa que a los primeros soplos del pánico se rompan las fortunas.

De aquí ciertos temores que no por permanecer ocultos carecen de todo fundamento. Entre nosotros, el crédito es una cadena que está condenada a hacerse trizas apénas se rompa alguno de sus eslabones, un verdadero círculo vicioso de accionistas que en la mayoría de los casos seria incapaz de resistir a un exámen detenido. La solucion de este problema, tan difícil como peligroso, depende del éxito de las operaciones iniciadas. Caracoles puede ser la fuente inagotable de nuestra riqueza i puede ser tambien la tumba de nuestro crédito. Cuando hai que hacer diariamente el balance de los gastos i de las entradas, de las ilusiones i de los sacrificios, de los temores i de las esperanzas, es lógico hasta cierto punto que el interés público desaparezca ante el interes individual.

En estos últimos tiempos, el teatro ha adquirido una importancia inusitada para caer despues en su ordinaria postracion. La aparicion de Rossi despertó el sentimiento artístico, de mui atrás adormecido, i sacó a Shakespeare del polvo de las librerías en que yacia sepultado. La representacion exacta de las realidades de la vida sobre las tablas del escenario produjo como era natural entre la juventud intelijente un enérgico movimiento literario al cual no es del todo estraña la publicacion de este periódico.

El gusto dramático se desarrolló como por encanto. Comprendióse que permaneciendo entre nosotros una compañía semejante a la de Rossi, los frutos no se harian esperar por largo tiempo en este campo tan lastimosamente estéril de la literatura nacional.

Entre los artículos que vieron la luz pública durante las inolvidables temporadas del Teatro de Variedades i del Teatro Lírico, no podemos pasar en silencio el magnífico ENSAYO CRÍTICO SOBRE HAMLET con que don Eujenio María Hóstos, nuestro excelente amigo e intelijente colaborador, favoreció las columnas del *Ferrocarril*. Ese artículo, que no ha tenido en nuestra prensa ni iguales ni superiores, revela al distinguido literato i al profundo pensador.

Pero apesar de estos progresos cuyas hermosas consecuencias no desaparecerán tan pronto, la compañía Rossi ha tenido que marcharse por falta de asistentes. Sin embargo, está fresco en la memoria el recuerdo del circo de Chiarini que nunca llevó o sus sillas rotas i a sus tablas desvencijadas ménos de dos o tres mil espectadores. Pero entónces se bailaba en la cuerda, se exhibia un enano, se sostenia una pluma en la punta de la nariz i se hacia el salto mortal sobre el lomo de las cabalgaduras. Allí estaba el pan del alma como en la tropa del can-can el pan del corazón. El público bostezaba cuando escuchaba en OTELLO el monólogo del candil. En cambio cuando Cuello cabalgaba en el palo de escoba en las AMAZONAS DEL TORMES, el público prorumpia en frenéticos aplausos. ¿No forman la síntesis de nuestras tendencias en política el marasmo, en el arte la equitación, en literatura las Hazañas de Rocambole?

Sinceramente hablando, el mal éxito de Rossi no ha hecho mas que confirmar la tradicion. Rossi fué pospuesto a Torres i comparado con Bermonet. ¿Qué habia ahí de extraño? Monvoisin, aquí desconocido i pospuesto a Ciccarelli, va a morir en Europa en medio de la admiracion universal. Lutz, silbado en Valparaíso, llega a Paris i hace furor en el teatro de la Grande Opera. Sarmiento, en Chile hostilizado, es a poco andar una de las mas imponentes figuras de Sud-América. I en fin, para citar un último ejemplo, Lastarria que no ha tenido como aquellos la desgracia o la felicidad de nacer en otra patria, Lastarria despues de cuarenta años de fatigas, de desvelos, de trabajos i de luchas, ha alcanzado el honor incomparable de ser elegido rejidor de Caracoles. ¿Qué raro entónces que Rossi, cuyo nombre se encuentra en todos los diccionarios de contemporáneos célebres i a quien todos los críticos de Europa han tributado sus aplausos, haya tenido que escapar precipitadamente de nuestros coliseos antes de que se hiciera el desierto en torno de su compañía?

Aseguran que en Inglaterra cuando un hombre se levanta, los demas le prestan apóyo para facilitar su elevacion, que en Francia tambien lo auxilian pero para asirse i subir junto con él; i que en España cuando hai un desgraciado que sobresale un poco del nivel comun, la multitud se irrita, ahoga sus esfuerzos i hace lo posible por hundirlo. Paseándose un dia con el duque de Vendôme, le decia Luis XIV:—¿Te acuerdas? Aquí habia un molino de viento que ha desaparecido ya.—Es cierto, sir, contestó el duque; el molino ya no está, pero siempre sopla el mismo viento. ¿Deberemos creer que aun cuando ya no seamos colonia de la España nos sopla siempre el viento de la colonia?

FANOR VELASCO.

LA TUMBA DE PIZARRO.

Lima, Lima, ciudad misteriosa de los encantos, sueño de los poetas, espléndido vergel tropical nacido de entre las ruinas mas suntuosas de la colonia, primorosa copa antigua donde el amor esprimió su mejor jugo, al fin voi a contemplar tu hermosura, al fin voi a palpar la realidad que imaginé.

Tal pensaba la primera noche de mi llegada a la ciudad de los vireyes. Los sueños de hermosas alas ora me arrullaban, ora me hacian abrir los ojos sobresaltado, para seguir soñando despierto. Salté de la cama al oír las primeras campanas de la madrugada. Convidaban a la oracion matutina, pero sus lenguas de bronce solo molestan mis oídos sin hablar a mi espíritu, como mas de un escritor místico: confieso injenuamente que jamas he comprendido la poesía de las campanas ni la elocuencia del misticismo.

Esta vez me sirvieron: escuché su reclamo, i, de prisa salí a la calle. Ah! el cielo aquel no era el cielo diáfano i azul a que estaba acostumbrado. Sentí el abandono de las majestuosas Cordilleras. Por primera vez conocí que mis montañas nevadas me hacian falta.

Pardas nubes inmóviles tendian una pesada cortina sin pliegues sobre la perezosa ciudad; sus calles, de ordinario tan bulliciosas i animadas, recién comenzaban a poblarse de uno que otro negro, i de madrugadoras mulatas que se dirijian las unas al templo, las otras al mercado.

Después de recorrer las calles de aquella pintoresca ciudad, i de admirar los graciosos balconillos moriscos, cubiertos por misteriosas celosías, tras de las cuales siempre se cree adivinar un par de lindísimos ojos; después de contemplar sus numerosas i elegantes torres, i de asistir al despertar de un dia sin aurora, i al desmerecerse de una ciudad de pálidas mujeres, bellas como la alborada, hube de dar, cuando ménos lo esperaba, en el punto de mi partida. Un gran letrero me advirtió que estaba otra vez a la puerta del Hotel Maury, paradero obligado de todos los chilenos, i por cierto el mejor establecimiento de esa clase que posee Lima.

No sé si la ausencia de la patria; no sé si el nublado tenaz, que siempre oscurece el corazon; no sé qué; pero algo me inclinaba a la melancolía i a la meditacion.

Quise ver la tumba de Pizarro i me dirijí a la catedral, donde dicen que se encuentra. Mi ánimo estaba preparado para hacer tal visita.

La catedral de Lima es suntuosa en el interior cuanto modes-

ta en su fachada. La fábrica de este templo arruinado en varias ocasiones por los terremotos, costó 90 años de trabajo a contar desde 1541, i mas de medio millon de pesos fuertes, fuera de las valiosas alhajas i reliquias que contiene. Reconstruyóla el conde de Superunda despues de la ruina de 1746.

“En la espaciosa cavidad que hai debajo del presbiterio i altar mayor se encuentra una bóveda de grande estension dividida en tres salones enlozados, a los que se entra por dos puertas que dan a las naves colaterales.”

Allí es fama que se encuentra la tumba del conquistador del Perú, don Francisco Pizarro, Marques de los Atabillos.

Un negro sacristan se encargó de conducirme al recinto fúnebre. Llegamos a una de las puertas, de antiquísima estructura; rechinaron sus goznes, el negro prendió un cabo de vela, i comenzamos a bajar algunos escalones, él delante i yo detras.

Me hallaba en la rejion de los muertos, frente a frente de la esfinge; en presencia del mas formidable de los enigmas. ¡Qué de emociones, qué de problemas, qué de recuerdos acumulados en un breve punto!

El órgano comenzó a derramar sus voces graves i solemnes en aquel instante, i sus místicos acentos hablaron a mi corazon, pero no a mi cerebro, donde el pensamiento del filósofo, el *to be or not to be* de Hamlet, iba gravado en caractéres de fuego. Así la fé es impotente ante la luz de la razon: halaga a veces; pero ni convence ni resuelve. Es una luciérnaga que necesita de la oscuridad para lucir. Es la voz del órgano que estremece al que sorprende meditando, inclinado sobre el abismo de la muerte!

Mi extraño cicerone, familiarizado con el oficio, vagaba entre las tumbas con la mas completa indiferencia. La vela, de luz vacilante, chisporroteaba a veces como amenazando dejarnos en las tinieblas, i el negro murmuraba de cuando en cuando ciertas palabras entre dientes que no comprendí. Acaso algun conjuro, o alguna piadosa oracion, o acasa alguna maldicion..... Comencé a encontrar algo de extraño, en aquel ser, que segun unos es hijo de Adan i segun otros viene de otro centro distinto de creacion.

El negro pareció adivinar mi pensamiento un tanto ofensivo para su raza. Detúbose i me miró fijamente: sus ojos chispearon, una sonrisa irónica se dibujó en sus lábios abultados que descubrieron una fila de blanquísimos dientes. Qué pretendia? qué iba a decir? qué iba a revelarme en aquella solitaria mansion?.... Quería simplemente, pedirme un cigarro! Díselo, i él lo prendió como para ofrecerme un símbolo de nuestra pasajera existencia: una chispa, cenizas, humo!....

Sic transit gloria mundi.

“Aquí es,” me dijo, i alzando un grosero lienzo, descubrió a mi vista el esqueleto del conquistador de un imperio.

Mudo ante aquel grave espectáculo de la miseria humana, con-

templé largo espacio al que a un mundo puso espanto, abandonado ahora hasta de los gusano de la tumba!

Tres siglos de abandono, de soledad, de nada!..... Miseria, que da frio al corazon i vértigos a la cabeza; que empaña el pasado i el porvenir, i hace el vacío al rededor de quien de cerca la contempla. Cárlos V envuelto en tosco sayal i enterrado vivo en su ataúd es una débil paródia ante esta tremenda realidad de la nada humana. ¡Cuánta ambicion, cuánta intriga, cuánta soberbia sobre la escena!..... despues, cenizas, humo, nada!

¡Qué de crímenes i devaneos, i cuán escaso el resultado!

Ahí está Pizarro!.....

El robusto brazo que manejó la espada, el ancho pecho que ajitó la tempestad de las pasiones, la cabeza orgullosa que cubrió el casco de guerra ¿qué son ahora?—Reducidos están a una tela seca, apergaminada, que aun estrecha i ajusta la osamenta, i que desaparecerá mañana. Sobre la altiva frente donde anidaron tan audaces i ambiciosos pensamientos, pasaron las larvas de la sepultura, i aun se descubren sus huellas.

El cráneo es notable por su desarrollo:—la amplitud frontal revela un vigor de inteljencia que sorprende, raro en un soldado ignorante i rudo. La mandíbula inferior fuerte i abultada, a estarnos a las reglas craneolójicas, denotaría una firme i decidida voluntad, un carácter de fierro. El craneo de María Antonieta fué reconocido por esta circunstancia. La mandíbula de esa reina infeliz sobresalía de entre las demas, como el temple de su carácter.

El pecho descubierto, ancho i levantado parecíame que se ajitaba, como si algun sueño violento turbara la paz de piedra de aquel eterno dormido.

El vencedor de los Incas está ahora arrojado en un miserable agújero; su antiguo traje está reducido a un puñado de menudos harapos; no tiene ni una pobre mortaja que cubra su desnudez.

Cayó la cortina, i me retiré con el corazon oprimido. La tragedia de Pizarro habia concluido para mí. ¡Qué amarga burla de la grandeza humana, i qué leccion!.....

*
*
*

En los muros blanqueados de ese panteon subterráneo, se hallan repartidos varios nichos, toscos i sin concluir, donde se guardaron en otro tiempo los restos de los arzobispos i de los vireyes. Hoi se cavan sepulturas en el mismo recinto para los obispos peruanos. Sobre ellas se alzan humildes túmulos de cal i ladrillo, salvo dos tumbas de mármol que el gusto actual ha introducido, sencillas i severas, sin mas adornos que un báculo i una mitra en bajo relieve. El nicho de Pizarro está separado de uno superior por dos tablas mal unidas que sustentan otro cadáver, acaso de algun virey! ¿Quién podria saberlo?

Segun mi guia, aquel era el cadáver de un eclesiástico o de un guerrero, "porque como todos nos parecemos tanto despues de muertos, es imposible distinguir lo que hemos sido!"

Vagué algunos instantes mas entre las tumbas de los obispos, caviloso, concentrado en mi pensamiento, escuchando sin oír las esplicaciones de mi guia.

Casi a la salida me detube, acaso sin pensarlo, delante de un pequeño ataúd de madera blanca como olvidado entre los sepúlcros. El negro que aguardaba su propina, creyó adivinarme el pensamiento i alzó la tapa.

Allí, donde apenas cabría un niño, estaban los huesos desencauernados de un arzobispo!..... Quisiera que los arrogantes prelados de mi tierra viesén de cerca lo que han de ser al fin. Aquel tambien habia llevado báculo i gastado mitra, i quien sabe si armado escándalo!

Acaso fué el mismo orgulloso obispo que pontificó despues de haberse engullido una sabrosa polla i de haber apurado un ancho canjilon del buen cuzqueño.

A mal traer i en entredicho hallábase a la sazón, nada ménos que con el mismo virey, caso frecuente en tiempos de entónces, cuando la iglesia no hacia majistrados que la auxiliaran i sirvieran, i en que el poder civil se mostraba celoso guardian de sus derechos i regalías.

Bien pronto llegó el dia de una solemne funcion de iglesia, a que jamas faltaba el virey. Pero en esta ocasion hubo de escusarse, so pretexto de enfermedad.

En vez de officiar, el obispo ocupó el trono del virey, como en ausencia de él le correspondia.

La iglesia estaba llena; la jente de mas copete rodeaba al obispo, i la funcion habia comenzado cuando el virey apareció en persona a las puertas como una mala vision.

El buen prelado hubo de dejar el trono, i, por no ceder ni en un ápice al representante del rei, dirijióse al altar, como representante de Dios, i aunque no en ayunas, recomenzó la funcion interrumpida por el incidente, i consagró i consumió con imperturbable calma.

Grande fué el escándalo que el asunto armó en la Corté; pero la causa fué a Roma, donde el obispo hizo valer el argumento de que si colmugó no en ayunas, como lo mandan los cánones, fué porque en su persona no se humillará a la iglesia. Roma lo absolvió, bajo apercibimiento. ¿Dónde se ha visto que la Curia condene a los suyos? Precisamente fué instituida para ocultar las faltas de los propios, i abultar las ajenas.

Tales es la historia del obispo de antaño, hoy reducido a polvo. Al ménos así la cuenta, si mal no recuerdo, el celebrado escri-

tor peruano Ricardo Palma, en una de esas crónicas llenas de donaire i encanto con que ha enriquecido las letras americanas.

Salí de aquella sombría mansion a respirar el aire puro de la plaza, bellísima plaza, llena de animacion i de vida; pero que acentuaba más en mi espíritu i renovaba el sombrío drama cuya escena final acababa de ver con mis propios ojos.

En efecto, a un paso del Rimac se levanta el antiquísimo palacio de los virreyes cuyos cimientos se echaron junto con los de Lima. Allí fué asesinado Francisco Pizarro por los parciales de Almagro. Mas tarde, conspiradores de otro jénero se dieron cita en aquel lugar:—los llaneros de Colombia, los guasos de Chile i los gauchos de las Pampas Argentinas llegaron hasta el palacio de Pizarro i allí se estrecharon las manos que habian paseado la bandera de independendia por los campos de la América. San Martín supo abrirse paso hasta el polvoroso dosel de los virreyes, que ha seguido sirviendo a todos los presidentes del Perú, i desprendió como trofeo de su victoria la gastada bandera del conquistador español. Ese trofeo es el sudario en cuyos pliegues duerme hoi envuelto el mas bizarro capitan de la independendia americana.

Frente al viejo palacio está el portal de Botoneros, i, cortándolo por mitad corre el callejon de donde es fama que los compañeros de Almagro salieron a los gritos de *¡viva el rei! ¡muera el tirano!* decididos a acabar con el marques.

Fué este un acto de desesperado valor. La hora de la misa era la fijada para dar muerte a don Francisco; pero éste, contra su costumbre, aquel dia no acudió al templo. Los conjurados se creyeron vendidos por algun traidor, i a fé que razon no les faltaba. El confesor de uno de ellos delató el plan de la conjuracion que le fué revelado en el tribunal de la penitencia. Pizarro dió poca importancia al aviso i dijo desdeño samente del denunciante: “este clérigo, obispado quiere.”—Sin embargo, so pretesto de enfermedad, abstúvose de ir a misa.—Los conjurados mucho vacilaron; pero al fin comprendiendo que era necesario matar o morir, decidiéron vengar en el acto las afrentas de que eran víctimas o perecer en la demanda.

El dado estaba arrojado! Era el domingo 26 de junio de 1541, á las horas de la comida, cuando los resueltos conspiradores salian tumultuosamente de casa de Almagro, atravesaban la plaza real i penetraban en palacio. El viejo Juan de Rada marchaba a su cabeza, i si el jóven Almagro tomó parte en aquel sangriento lance, sábelo Dios, que la historia duda i se pierde en conjeturas contradictorias.

A los gritos de *muera el tirano!* mas de un curioso acudió a la plaza, sin que nadié se moviera en defensa del marques. Antes bien sus propios comensales, advertidos del peligro, descolgá-

ronse despavoridos por las ventanas que daban al jardín i con ellos huyeron los criados, que lacayos i cortesanos unos son, sobre todo en la hora de la desgracia.

Pronto los asaltantes salvaron el primer fornido porton, que hallaron desamparado; dieron muerte a un criado que se les atravesó en el camino, i cruzaron sus espadas con la del valiente Chaves, quien sucumbió a sus golpes, dejando indefensa la puerta de las habitaciones de don Francisco. Este procuraba entre tanto ajustar su coraza, mientras que su hermano materno, Martinez de Alcántara, asistido de algunos caballeros de servicio, oponia desesperada resistencia a los agresores. Urjido el conquistador, arrojó lejos de sí la coraza, rodeóse la capa al brazo, echó mano a la espada, i, como el leon sorprendido en su guarida, arremetió impetuoso en defensa propia i de su hermano.

A su solo aspecto retrocedieron los conjurados, i a sus bravas cuchilladas mas de uno rodó a sus piés. De nada sirvió aquel brio. La punta de un estoque fué a perderse en la garganta del valiente: sus ojos se anublaron, dobiéronse sus rodillas, i el conquistador de un imperio cayó derribado para siempre!

Apénas le alcanzó el aliento para trazar con su sangre una cruz en el suelo. Pegó a ella sus lábios i espiró.....

Llevóse su cadáver a la catedral casi a hurtadillas, acompañándolo su viuda i unos cuantos negros de la servidumbre. Dijéronse algunas cortas oraciones a toda prisa, i mientras las campanas se echaban a vuelo por el triunfo de los conjurados, el cuerpo ensangrentado de la víctima recibia sepultura en el rincón mas oscuro del templo.

Años mas tarde, calmadas ya las pasiones, hubo de colocársele en un suntuoso féretro, i en lugar mas conforme a su elevada jerarquía.

En 1607 se removieron sus restos para trasladarlos a la nueva catedral, donde se les depositó al lado de los mortales despojos del exelente virei Mendoza.

En presencia de las relaciones históricas sobre la peregrinacion de los restos de Pizarro, i de la manera como se les honró, se formula esta pregunta por sí sola en el espíritu ¿i como es que ahora con tan poco acatamiento se arrojan sus restos en un tosco i miserable nicho, mal cubierto con un lienzo? Recordemos que el cronista Caravantes dice que el ha visto los huesos del conquistador "*en una caja de terciopelo morado con pasamanos de oro.*" ¿Cuándo pasaron de la lujosa caja al pobre nicho? Porque pasaron?—Nadie lo sabe.

¿O acaso no es el verdadero cuerpo de Pizarro el que se exhibe como tal?

Una persona querida, que veinte años ántes que nosotros bajó a aquella tumba, dice:

"Mi guia me mostró en un nicho un fornido esqueleto cubierto de inmundos harapos, diciéndome que *aquel canónigo era el*

cuerpo de Pizarro. Me acerqué con reverencia: ví que sus formas i los residuos de vestiduras que las cubrian no podian estar en aquel estado despues de trescientos años, i concluí por reconocer que era realmente un canónigo en vez del guerrero que yo buscaba. En vano me esforzé en hallarle: Pizarro ha desaparecido i mi guia me agregó que nadie lo habia visto..... Sin embargo, en el altar mayor hai un pequeño dosel, que goza de capellanías, puesto allí en señal de que el cuerpo de Pizarro está debajo. (1)

En Lima jeneralmente se cree que aquel es el verdadero cuerpo del conquistador; no obstante que el ilustrado escritor don Manuel A. Fuentes, hablando del panteon de la catedral dice que allí "se encuentra LA CABEZA de Francisco Pizarro i el cadáver de su hija doña Francisca, fundadora de la valiosa capellanía instituida para que se dijera diariamente una misa en el altar mayor."

Qué mucho que no se sepa el paradero de un soldado a quien sopló la fortuna, cuando vemos, en nuestros dias que en Roma misma se discute entre jesuitas i evanjelistas sobre si San Pedro estuvo o no estuvo en Roma. La solucion negativa de esta duda encierra la ruina de las pretensiones papales: miéntras que la de aquella, apénas si daria satisfaccion a alguna impertinente curiosidad.

Entre los viajeros que han tomado al pié de la letra la relacion del sacristan, debe contarse un cierto ingles, quien, prévio convenio, despojó el esqueleto de uno de sus zapatos. Digno hijo de Albion, que no desmintió los hábitos comerciales de su patria, empeñada en hacer de Lóndres el ropavejero de todas las celebridades.

Ojalá el antiguo zapato, no sé si del guerrero o del canónigo, fuera lo único de que han despojado al Perú rapaces cartajineses.

Preciosos lienzos de mano maestra poseyó la corte suntuosa de los vireyes, i uno a uno fueron desapareciendo, sin que pueda calcularse hasta donde se estendió el despojo.

En el dia hai mayor cautela i mas interes en conservar lo poco que queda en materia de objetos de arte. Los buhoneros judios son talvez los únicos que ahora recorren el país a caza de ricas joyas i de antigüedades etnolójicas. Recojen valiosos ídolo i *llautos* imperiales, diamantes engastados en plata i puñados de perlas que cambian por joyería moderna de oro de mala lei.

El zapato aquel, negociado sobre una tumba abierta, por jentes que temerian tanto las censuras canónicas contra los violadores de sepulturas, como los rigores del Fuero-Juzgo, sin duda que, a ser zapato de canónigo, ha viajado mas que su primer dueño i señor. Puede que en el dia figure en los museos británicos al lado de las metopas de que lord Elgin despojó el Partenon, a impulsos de su amor al arte!

Estraña cosa! Comenzar por una visita a los muertos precisamente en la ciudad del amor i de la vida. ¡Qué contraste con mis propósitos i mis ensueños de la madrugada! Volví a ellos, porque sentia la necesidad de desechar mis sombríos pensamientos i abrir el corazon a los sentimientos expansivos i jenerosos.

Quise dejarme llevar de mis inclinaciones, i, como nada deseaba mas vivamente que conocer de cerca al erudito i fecundo escritor don Francisco de P. Vijil, resolví verle, para sacudir de mi espíritu el polvo de la muerte i elevarme a otras rejiones, escuchando la palabra de vida de aquel profundo pensador. Conocia sus obras monumentales, que son un faro luminoso para la juventud americana que él lleva sobre su corazon, i ántes de verle ya le amaba i le admiraba.

Dirijíme, pues, a la Biblioteca que corre a su cargo. Esta, erijida en 1821, está situada a los piés de la iglesia de San Pedro, en el antiguo *colegio máximo* de S. Pablo de los padres jesuitas, edificio sólido i de bellas proporciones, como son en jeneral los que nos ha dejado esa Orden tristemente célebre. Hace pocos años que, al derribar una pared se descubricron ahí los cadáveres de veintitres padres jesuitas, rebeldes ajusticiados por sus mismos compañeros. Habian sido emparedados, i fijadas a sus bonetes se hallaron las sentencias de muerte emanadas del secreto i terrible tribunal. Una mano interesada redujo a cenizas aquellos documentos reveladores, miéntras que el aire con su contacto, se encargó de reducir a polvo los misteriosos cadáveres. Testigos presenciales de este estraño hallazgo me lo han referido.

Al entrar al primer salon de la Biblioteca cautivó mis miradas i detuvo mis pasos una bellísima composicion "histórica, debida al pincel del malogrado Montero. Es un cuadro colosal que ocupa toda la testera del salon i que representa *los funerales de Atahualpa*.

De nuevo encontré allí a Pizarro, sombrío, pero severo i arrogante, contemplando con el mirar del águila satisfecha el cadáver de su víctima. Parece que ni el remordimiento surca aquella frente de bronce, ni que el eco de la conciencia se atreve a decirle: "quien a hierro mata a hierro muere!"

Contemplé un instante i seguí mi camino.

Pocos momentos despues el mas noble i bondadoso de los ancianos me estrechaba contra su corazon, como para difundir en mi alma su inmenso amor por el progreso i la libertad, su anhelo infatigable por la emancipacion del espíritu, su profunda fé en el porvenir del continente americano.

E. DE LA BARRA.